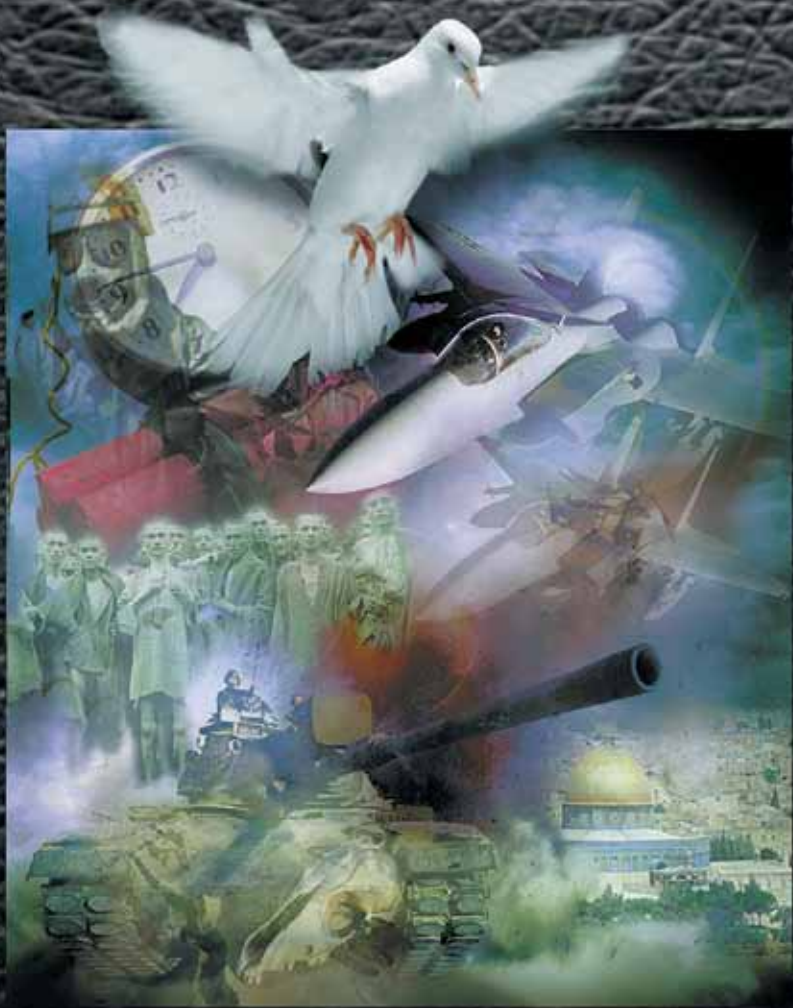


Usted puede entender
**LA PROFECIA
BÍBLICA**



Usted puede entender

**LA PROFECÍA
BÍBLICA**

El propósito de la profecía

Buscamos la seguridad ahora y soñamos con un futuro estable para nosotros mismos y para nuestros hijos y nietos. Sin embargo, para la mayoría de nosotros, estos deseos y esperanzas están lejos de realizarse, pues nuestro mundo está lleno de cambios inesperados y peligrosos.

Fácilmente podríamos ser víctimas de un accidente, un atraco, una enfermedad debilitante o un desastre natural. Los turbulentos cambios económicos y sociales nos roban la tranquilidad y amenazan nuestra estabilidad financiera. Las guerras y el terrorismo ponen en peligro a la sociedad y hacen que la seguridad que buscamos se vuelva cada vez más elusiva. La incertidumbre se convierte en una forma de vida.

La falta de esperanza

Consideremos a la juventud de hoy. La falta de esperanza en el futuro es una causa principal de zozobra entre los adolescentes. Miles de jóvenes están convencidos de que la “buena vida” desaparecerá antes de que tengan edad suficiente para disfrutarla. Anhelan fervientemente tener seguridad y propósito. Hay una epidemia de nihilismo o desesperanza completa. El asombroso número de suicidios entre los adolescentes es una muestra palpable de su desilusión con la vida. Algunos de ellos descargan su enojo y frustración formando pandillas como una alternativa a la sociedad en la que viven.

Pero los adolescentes no son los únicos que se preocupan respecto a su futuro. Un gran número de adultos buscan descifrar el futuro acudiendo a la astrología y al espiritismo. Los libros acerca del futuro son

Este folleto no es para la venta.

Es una publicación de la Iglesia de Dios Unida,
una Asociación Internacional, que se distribuye gratuitamente.
©2011 Iglesia de Dios Unida, *una Asociación Internacional*.
Todos los derechos reservados.

Salvo indicación contraria, las citas bíblicas son de
la versión Reina-Valera, revisión de 1960.

El lector notará el uso del término *el Eterno* en lugar del nombre *Jehová* que aparece en algunas ediciones de la Biblia. La palabra *Jehová* es una adaptación inexacta al español del nombre hebreo YHVH, que en opinión de muchos eruditos está relacionado con el verbo *ser*. En algunas Biblias este nombre aparece traducido como *Yahveh*, *Yavé*, *Señor*, etc.; en nuestras publicaciones lo hemos sustituido con la expresión *el Eterno*, por considerar que refleja más claramente el carácter imperecedero e inmutable del “Alto y Sublime, el que habita la eternidad” (Isaías 57:15).

grandes éxitos de librería. Millones de personas desean fervientemente poder vislumbrar una luz que brille al final del túnel. El rey Salomón observó que “el gran problema del hombre es que nunca sabe lo que va a suceder, ni hay nadie que se lo pueda advertir” (Eclesiastés 8:6-7, Versión Popular). Esto sigue siendo verdad hoy en día.

¿Por qué hay tanta incertidumbre en nuestro mundo? ¿Acaso tenemos que vivir en la ignorancia de lo que nos depara el futuro? ¿O podemos descubrir una fuente de información que nos revele hacia dónde se dirige este mundo? Ciertamente podemos, y dicha fuente nos dice mucho acerca del futuro. También podemos conocer la *causa* de nuestra incertidumbre y el sorprendente giro de acontecimientos que conducirá a la solución del problema.

¿Dónde podemos encontrar las respuestas? La realidad es que éstas han estado a nuestro alcance por muchos siglos. Se encuentran en las páginas de la Biblia, un libro verdaderamente único entre toda la literatura universal. Aunque la escribieron muchas personas de diversas culturas a lo largo de un espacio de 15 siglos, es la obra maestra de un solo autor: el Creador del universo.

Durante siglos, los estudiantes de la Biblia se han maravillado de que tantos autores, de antecedentes tan diferentes, hayan podido transmitir con tanta uniformidad el mensaje y propósito que se encuentran en las Escrituras. Ninguna otra recopilación de escritos de tan variados autores podría compararse con la continuidad y armonía de la Biblia.

Esta uniformidad le da a la Biblia una posición inigualable entre las obras literarias; de hecho, es una de las grandes pruebas de su inspiración divina. La Biblia misma proclama con fuerza cuál es su origen: “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2-Timoteo 3:16).

Este libro es en gran parte profético. Sus profecías revelan información crucial sobre el futuro de la humanidad. Cuando nos damos cuenta de que la Biblia es la inspirada Palabra de Dios, entonces empezamos a comprender la importancia de sus profecías. Éstas son confiables ¡porque Dios mismo las inspiró!

¿Qué nos dice el Creador acerca de sí mismo y acerca del futuro? “. . . Yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí, *que*

anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero; que llamo desde el oriente al ave, y de tierra lejana al varón de mi consejo. Yo hablé, y *lo haré venir*; lo he pensado, y *también lo haré*” (Isaías 46:9-11). Dios no sólo afirma que puede revelar el futuro, ¡sino que también tiene el poder para hacer que se cumpla lo que ha predicho!

El apóstol Pedro nos aconseja que prestemos atención a las palabras de los profetas bíblicos: “Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones; entendiéndolo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2-Pedro 1:19-21).

El Profeta de profetas

Un profeta es una persona por medio de la cual Dios habla, alguien seleccionado por él para revelar la voluntad divina a su pueblo. El más grande de los profetas fue el propio Hijo de Dios, Jesucristo: “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo” (Hebreos 1:1-2).

La gente rara vez piensa de Jesús como un profeta, pero de hecho lo fue (Lucas 13:33; 24:19; Juan 6:14). Su mensaje, “el evangelio del reino de Dios” (Marcos 1:14), es netamente profético por cuanto explica y aclara el futuro de la humanidad, y revela la manera en que Dios llevará a cabo su plan maestro.

La historia del nacimiento, vida, ministerio y muerte de Jesús es una de las confirmaciones más contundentes de la veracidad y exactitud de la profecía bíblica. Detalles precisos de tal historia fueron profetizados centenares y hasta miles de años antes de su nacimiento. Acontecimientos y circunstancias específicos, profetizados con siglos de anterioridad, sucedieron exactamente como los profetas lo habían predicho, lo cual respaldó la veracidad de sus mensajes y proporcionó pruebas convincentes de su credibilidad.

¡Las palabras de esos profetas tienen gran significado para nosotros hoy en día! ¿Sabía usted que esos mismos profetas nos dicen lo que Jesucristo tiene planeado para el futuro, el futuro de usted y el de sus seres queridos?

Usted probablemente ya sabe que Jesús prometió regresar a la tierra. Esa promesa es un excelente ejemplo de la profecía. También prometió terminar la obra que empezó en su primera venida. En las páginas de la Biblia, la vida y misión de Jesús de Nazaret se describen por medio de los ejemplos de su dedicación al bienestar de la gente. Muchas de las profecías que aún están por cumplirse se relacionan directamente con la obra y misión que él llevará a cabo en el futuro.

La perspectiva correcta

Sabiendo muy poco acerca de lo que trata la profecía, muchas personas la consideran como algo místico, extraño e irreal; no les parece que se aplique en forma práctica a la vida diaria. Otras personas, que se han topado con tergiversadas interpretaciones de la profecía bíblica, se han desilusionado y vuelto escépticas.

No obstante, cuando se entiende correctamente, la Biblia nos presenta un mensaje claro, congruente y confiable que es tan necesario para nosotros como lo fue para el pueblo del antiguo Israel.

Ya sea que usted no esté seguro del valor de las profecías bíblicas, o les tenga un profundo respeto, esta publicación tiene como propósito ayudarle a entender lo que en realidad dice la profecía. Queremos que usted vea el verdadero alcance de la profecía y cómo vincula el pasado, presente y futuro de la humanidad. El conocimiento de la profecía puede darle una perspectiva equilibrada, la que nos ha revelado el Creador.

Las promesas de Dios: fundamento de la profecía

La profecía no es simplemente una serie de predicciones que Dios esparció de modo fortuito a lo largo de la Biblia. La estructura y el fundamento de la profecía son firmes. Para entender el fundamento, necesitamos tener en cuenta el propósito completo de la Biblia, sus temas y el hilo de sus historias.

Un tema general es que la Biblia es la historia de dos familias. La primera es la familia de Adán, progenitor de toda la humanidad. La otra

es la familia de Abraham, padre de aquellos que son fieles a Dios (Romanos 4:9-12). Dios se considera a sí mismo como Padre de aquellos que le son fieles, como el creyente Abraham; éstos llegan a ser sus hijos e hijas, miembros de su propia familia (2-Corintios 6:18).

La Biblia empieza con la creación del universo y de un mundo establecido para sostener la existencia de Adán y de toda la humanidad. La historia bíblica no estará completa hasta que todos los descendientes de Adán reciban una herencia eterna en una tierra nueva con un cielo nuevo o (si rechazan absolutamente el camino de Dios de amar a los demás como a sí mismos) la muerte eterna en el juicio final (Apocalipsis 20:14-15).

Dios le dio a Abraham y sus descendientes la promesa de una herencia eterna. Únicamente los miembros de la familia de Adán que Dios injerta en la familia de Abraham (por el sacrificio de Jesús de Nazaret) pueden participar de esa herencia eterna (Gálatas 3:29).

La historia de la relación que Dios ha querido tener con nosotros, su creación, comienza con la creación de Adán y termina con el juicio final. En el relato de la historia de Adán, la Biblia explica por qué somos como somos los seres humanos. Nos dice cómo y por qué el pecado, la maldad y el sufrimiento entraron en el mundo, y nos revela la forma en que Dios resolverá ese problema. Nos revela el propósito de nuestra existencia al explicar la razón por la cual Dios hizo a los seres humanos y el increíble futuro que él tiene en mente para nosotros.

El plan que Dios tiene para nosotros encierra muchas promesas asombrosas. En términos generales podríamos decir que Dios nos ofrece una promesa gloriosa que él les manifestó primeramente a Adán y Eva y que después amplió a lo largo de la Biblia. Dios promete poner a nuestra disposición todo lo que necesitamos para establecer y mantener una eterna relación con él como hijos suyos. Él promete que nuestra salvación será siempre su anhelo más ardiente.

Al leer esta publicación usted aprenderá cómo la profecía completa los detalles del maravilloso plan que Dios tiene para la humanidad. Descubrirá la razón del sufrimiento y las lecciones que se pueden aprender de ello. Usted verá que Dios, quien inspiró la profecía, se interesa por la gente, que él tiene un plan ordenado y realista para ponerle fin al sufrimiento y resolver los dilemas que (como bien lo muestra la historia) no podemos resolver por nosotros mismos.

Usted también se enterará de por qué la vida de Jesús, su misión y obra como nuestro Salvador, fue planeada aun “antes de los tiempos de los siglos” (2-Timoteo 1:9) y por qué el papel que él desempeña es de vital importancia para el éxito del plan y propósito que Dios tiene para nuestro futuro.

Acompáñenos en este viaje para explorar y entender la profecía bíblica.

Principios esenciales de la profecía bíblica

¿Por qué inspiró Dios a los autores de la Biblia para que escribieran las profecías? ¿Podría ser porque además de revelarnos la manera como Dios interviene en los asuntos del hombre, también nos explica *por qué* lo hace? De hecho, la profecía revela muchos detalles del gran propósito de Dios; explica la actividad divina en el ámbito humano y cómo ésta se relaciona con el plan que Dios está llevando a cabo.

Examinemos primero los principios y temas proféticos. Éstos son claves que nos ayudan a despejar los enigmas de la profecía. Hacen posible que podamos entender muchos aspectos de la profecía que de lo contrario parecen aislados e incongruentes.

1. El papel de Jesucristo

Gran parte de la profecía que Dios inspiró se relaciona con las dos venidas de Jesucristo. La profecía explica la necesidad tanto de su primera venida como de la segunda en el plan divino para la humanidad.

Con el propósito de demostrar que Jesús era el Mesías prometido, en numerosas ocasiones los apóstoles citaron profecías específicas que él ya había cumplido. Pero ellos también hablaron muchas veces de su *segunda* venida. Es muy natural que nosotros nos preguntemos acerca de las profecías que tienen que ver con su segunda venida, porque son predicciones que pueden afectar nuestra vida, incluso tal vez nuestro futuro inmediato.

Por consiguiente, la primera clave para entender la profecía bíblica es reconocer que casi toda la profecía se relaciona directamente con la

intervención en los asuntos humanos de un personaje principal: Jesús el Mesías. (Los vocablos *Mesías* y *Cristo* vienen del hebreo y griego, respectivamente, y ambos significan “el Ungido”).

Aunque a Jesucristo no se le menciona específicamente en cada pasaje profético, él es la figura central de la profecía. De hecho, uno de los propósitos principales de la profecía es revelar su misión. Después de que Jesús resucitó de la muerte, dejó esto bien claro para sus discípulos: “Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliera todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos. Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras” (Lucas 24:44-45).

Sin reconocer el papel de Cristo en estas profecías, sus discípulos no podían entenderlas. La mayoría de las profecías que tienen que ver con el futuro tratan directa o indirectamente con la misión y obra de Jesús.

2. El Reino de Dios: tema central de la profecía

El enfoque profético de la misión de Jesucristo es el Reino de Dios. Durante su ministerio “Jesús iba por todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando *el evangelio del reino de Dios*” (Lucas 8:1). Después de su resurrección volvió a sus apóstoles y “se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del *reino de Dios*” (Hechos 1:3).

El Reino de Dios es el tema central del mensaje de Cristo. Es más, casi toda la profecía bíblica está relacionada, de alguna manera, con la instauración del gobierno y la autoridad de Jesucristo sobre todas las naciones en el reino literal que él establecerá en la tierra. El profeta Daniel explicó que “el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido . . . desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre” (Daniel 2:44). En una de sus parábolas, Jesús se comparó a sí mismo con un “hombre noble [que] se fue a un país lejano, para recibir un reino y volver” (Lucas 19:12).

En una visión, Daniel vio cómo recibirá Jesús ese reino: “Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días . . . Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y

su reino uno que no será destruido” (Daniel 7:13-14).

El apóstol Juan nos dice que cuando suene la última de las siete trompetas proféticas, se proclamará un anuncio de victoria: “Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 11:15). Jesús nos enseñó a orar así: “Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” (Lucas 11:2).

El regreso de Jesucristo para establecer el Reino de Dios marcará el principio del fin de los muchos males que amenazan la existencia misma de la humanidad. Este vibrante mensaje de esperanza es un tema esencial en los escritos de los profetas de Dios.

3. El objetivo final: la redención y salvación de la humanidad

Otro propósito de la profecía es instar al arrepentimiento y ofrecerle a *todo el mundo* el perdón de sus pecados por medio del sufrimiento y muerte de Jesucristo. En las profecías de la Biblia impera el deseo de conducir a *todas las personas* al arrepentimiento. Jesús mismo dijo: “Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén” (Lucas 24:46-47).

Por medio del profeta Isaías, Dios revela el problema fundamental que necesita resolverse: “Este pueblo se acerca a mí con su boca, y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí” (Isaías 29:13). Dios dice que, por naturaleza, tenemos un “corazón de piedra”; es decir, una actitud indoblegable ante Dios y ante sus leyes y enseñanzas. Esta dureza de corazón nos hace llevar una vida de egoísmo, codicia, envidia y odio, lo cual nos acerca cada vez más al borde de la destrucción.

No obstante, la profecía bíblica nos revela cómo Dios resolverá finalmente este problema: “Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra” (Ezequiel 36:26-27).

La profecía explica el plan que Dios tiene para efectuar este cambio fundamental de corazón —conocido como *arrepentimiento* y *conversión*— en todas las personas y resolver de raíz los problemas que

amenazan con destruirnos. Hasta ahora sólo unos pocos se han arrepentido y han permitido que sus corazones sean convertidos por el poder del Espíritu de Dios. Según la profecía, en el futuro Dios conducirá al resto de la humanidad al arrepentimiento y a este cambio de corazón.

Para entender mejor la profecía, debemos tener en cuenta que, aunque Dios la inspiró para beneficio de todo el mundo, tanto en sus aspectos que ya se cumplieron como en sus aspectos que aún están por cumplirse, los corazones de la gran mayoría de las personas no han cambiado. Sus actitudes y acciones son las de un “corazón de piedra” (Ezequiel 36:26; Romanos 8:7). Si queremos entender el trato de Dios para con la humanidad, no debemos olvidar este hecho.

La Biblia compara la relación de Dios con la humanidad a la de un padre con sus hijos. Los hijos a menudo desobedecen a sus padres y se rebelan contra ellos; optan por acciones que decepcionan a sus padres y en ocasiones incluso los hacen enojar. Pero eso no disminuye la paciencia, esperanza y amor de los padres para con sus hijos. El tener presente esta perspectiva nos ayuda a entender las profecías de Dios, nuestro Padre celestial, quien se relaciona con nosotros como sus hijos.

4. Casi no se dan fechas específicas

La profecía bíblica analiza el pasado y proporciona una perspectiva del futuro (Isaías 46:9-10). A menudo revela acontecimientos específicos, pero rara vez revela el *tiempo exacto* de ellos.

Es muy natural que queramos saber cómo y cuándo se cumplirán las profecías, y los discípulos de Jesús no fueron la excepción. Cuando él se les apareció después de su resurrección, le preguntaron: “Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?” Él les contestó: “No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad” (Hechos 1:6-7). El principio que aquí se enuncia es válido para la mayoría de las profecías. Dios rara vez revela el tiempo específico de su cumplimiento; por lo tanto, casi nunca tienen éxito los que pretenden identificar las fechas específicas del cumplimiento de profecías sin fecha.

Debemos creer lo que Jesús dijo. No es el propósito de Dios que sepamos el tiempo exacto del cumplimiento de la mayoría de las profecías. Él quiere que reconozcamos las muchas profecías que *ya se han cumplido*, porque su cumplimiento nos asegura que las promesas de

Dios son fieles y verdaderas.

En otra ocasión, los discípulos de Jesús le preguntaron: “Dinos, ¿cuándo serán estas cosas . . . ?” (Mateo 24:3). Querían saber cómo podían reconocer la inminencia de su venida, cuando tocara a su fin el mundo presente, esta era que se encuentra bajo el dominio y la influencia de Satanás.

Jesús no les dio una fecha específica. En los versículos siguientes les explicó que habría guerras, hambres, pestes y terremotos devastadores; pero les advirtió que tan horribles acontecimientos *no* significarían el fin de esta era, “porque es necesario que todo esto acontezca —les dijo—, pero aún no es el fin” (v.-6). Tan enormes desastres serán apenas el “*principio de dolores*” (v.-8).

Cuando sus discípulos le pidieron una señal que les indicara el tiempo aproximado de su retorno, Jesús no les dio tal señal. En cambio, hizo hincapié en la necesidad de poner cuidado, de estar espiritualmente alerta y en guardia, para no ser engañados (v.-4).

Aunque Jesús y los apóstoles dejaron en claro que los cristianos pueden y deben vigilar los acontecimientos que indiquen que su venida está cerca (Lucas 21:28-31; 1-Tesalonicenses 5:4-6), en ninguna parte de la Biblia se menciona fecha alguna para la segunda venida de Cristo o para los acontecimientos relacionados con ella.

5. La dualidad en la Biblia

A veces las declaraciones proféticas no se limitan a un solo cumplimiento; este principio se llama *dualidad*. Un ejemplo típico de la dualidad es la primera venida de Cristo para expiar nuestros pecados y su segunda venida para gobernar como Rey de reyes.

También en la Biblia se habla de los descendientes de alguien como su “simiente”. En algunos pasajes, el vocablo *simiente* implica tanto un solo individuo (Jesucristo) como múltiples descendientes (gente de descendencia israelita).

La dualidad temática es común en las Escrituras. Por ejemplo, el apóstol Pablo escribió que “fue hecho el primer hombre Adán alma viviente” y “el postrer Adán, [Jesucristo, fue hecho] espíritu vivificante” (1-Corintios 15:45). Pablo señaló que la circuncisión física era señal del pacto que Dios había hecho con la descendencia de Abraham, pero Dios definió la circuncisión *espiritual* —un corazón convertido—

como la verdadera clave para la relación de un ser humano con Dios (Romanos 2:27-28; Deuteronomio 10:16; Jeremías 4:4). Pablo escribió que el verdadero pueblo de Dios no es una raza de gente físicamente circuncisa; más bien, el “Israel de Dios” son los que siendo espiritualmente circuncisos, son “una nueva creación” (Gálatas 6:15-16). Son éstos los que forman la Iglesia de Dios.

Jesús hizo alusión de manera específica a la aplicación dual de algunas profecías. Cuando le preguntaron acerca de la profecía de “Elías”, a

La vida y muerte de Jesús en la profecía

Son muchas las personas que están más o menos conscientes de que el nacimiento, vida, muerte y resurrección de Jesucristo fueron profetizados en las Escrituras hebreas, el Antiguo Testamento. Pero pocas personas se dan cuenta del gran número de estas predicciones y de los detalles sorprendentemente precisos que fueron profetizados con miles de años de anticipación. Tales predicciones confirman con autoridad la exactitud de la profecía bíblica.

El *Jewish New Testament* (“Nuevo Testamento Judío”) enumera 52 profecías que aparecen en 81 pasajes del Antiguo Testamento y que fueron cumplidas en el nacimiento, vida, muerte y resurrección de Jesús. Las profecías del Antiguo Testamento anunciaron por adelantado tanto la primera venida de Jesucristo como

la segunda. Las profecías mesiánicas de la Biblia abarcan muchos sucesos, gentes, ritos y sacrificios mencionados en las Escrituras hebreas que prefiguraron diferentes aspectos de la vida de Jesús.

¿Cuáles fueron algunas de las profecías que Jesús cumplió? Veamos sólo unas pocas:

- Sería un descendiente del rey David (Isaías 11:1-5; Mateo 1:1, 6).
- Nacería en Belén (Miqueas 5:2; Mateo 2:1).
- Sería precedido por una persona que anunciaría su venida (Isaías 40:3, 5; Malaquías 3:1; Mateo 3:1-3).
- Su propia gente lo rechazaría (Isaías 53:3; Juan 1:11).
- Un amigo lo traicionaría (Salmos 41:9; Juan 13:18-30).
- El precio pagado por su traición sería 30 piezas de plata (Zacarías 11:12; Mateo 26:15).
- Con las 30 piezas de plata se

quien Dios habrá de enviar “antes que venga el día del Eterno” (Malaquías 4:5), él respondió: “A la verdad, Elías viene primero, y restaurará todas las cosas. Mas os digo que Elías ya vino. . .” (Mateo 17:11-12). Los discípulos entendieron que el “Elías” que ya había venido era Juan el Bautista (v.-13). Pero la declaración de Jesús claramente implica que otro “Elías” vendrá antes de su segunda venida para anunciar su regreso así como Juan el Bautista precedió la primera venida de Cristo.

Otra profecía que tiene una aplicación dual es la que Jesús dio en

compraría un campo de alfarero (Zacarías 11:13; Mateo 27:3-10).

- Personas malignas horadarían sus manos y sus pies (Salmos 22:16; Lucas 23:33; 24:38-40).
- Sufriría muerte por ejecución, pero ni uno de sus huesos sería quebrantado (Salmos 34:20; Juan 19:33-36).
- Otros echarían suertes por sus vestiduras (Salmos 22:18; Juan 19:23-24).
- Sería sepultado con los ricos (Isaías 53:9; Mateo 27:57-60).
- Dios lo resucitaría (Salmos 16:10; Hechos 2:30-32).

Por sí mismo Jesús no pudo haber controlado el cumplimiento de estas profecías. Nadie puede controlar las circunstancias de su propio nacimiento, quiénes son sus ancestros y dónde nace. Tampoco pudo haber controlado las acciones de las personas responsables de su traición, su muerte y su sepultura en la tumba nueva de un hombre rico. No obstante, los profetas habían escrito estos detalles hasta con mil años de anticipación. El rey David predijo

incluso detalles de la muerte de Jesús por crucifixión cientos de años antes de que la crucifixión llegara a ser una práctica común como método de ejecución.

Los cuatro evangelios abundan con relatos de cómo se cumplieron muchas profecías mesiánicas, pero sólo en retrospectiva pudieron los seguidores de Jesús reconocer cómo dichas profecías se habían cumplido.

Muchas profecías respecto a Jesucristo aún están por cumplirse. La *Encyclopedia of Biblical Prophecy* (“Enciclopedia de la profecía bíblica”) enumera más de 200 profecías acerca del Mesías, la mayoría de las cuales todavía no se han cumplido (Barton Payne, 1996, pp.-665-670). Así como muchos detalles precisos del nacimiento, vida, muerte y resurrección de Jesús sucedieron exactamente como fueron profetizados, así también se cumplirán —de acuerdo con la Palabra de Dios— las muchas profecías que se relacionan con su segunda venida. □

el monte de los Olivos (Mateo 24; Marcos 13; Lucas 21), que domina la ciudad de Jerusalén. Muchas de las condiciones que se describen en esta profecía llegaron a existir en los días anteriores al sitio y destrucción de Jerusalén llevados a cabo por los romanos en el año 70 de nuestra era. Pero Jesús dejó en claro que poco antes de su regreso prevalecerían condiciones similares.

En la profecía del monte de los Olivos, Jesús habló de una “abominación desoladora”. En el año 167 a.C. Antíoco Epífanes cumplió la profecía de Daniel acerca de la abominación desoladora, pero Jesús predijo un acontecimiento futuro similar (ver el Apéndice II, titulado “La futura ‘abominación desoladora’”, p.-82).

Debemos examinar cuidadosamente el contexto de las profecías para entender su significado y discernir si en algún aspecto la profecía quedó incompleta después de su primer cumplimiento. Asimismo, debemos evitar aplicar el principio de dualidad a pasajes que no admiten tal interpretación. Debemos tener mucho cuidado para discernir correctamente si el principio de dualidad se aplica a la profecía que estemos estudiando.

También debemos entender que casi todas las interpretaciones del cumplimiento futuro de las profecías son en cierto grado especulativas, y en muchos casos sólo podremos reconocer el cumplimiento de una profecía cuando esté a punto de cumplirse o cuando ya haya sucedido.

6. El principio de causa y efecto

Otro principio fundamental que se aplica a la profecía bíblica es la correlación de causas y efectos. En muchos casos, el principio de causa y efecto es implícito en la predicción de los acontecimientos futuros. La naturaleza humana es muy previsible, especialmente para Dios, quien nos hizo y sabe cómo pensamos. Por consiguiente, él puede predecir las tendencias generales, y los resultados desastrosos, basado en su conocimiento de causa y efecto. Dicho de otra manera, Dios permite que la gente coseche, individual y colectivamente, lo que siembra (Gálatas 6:7-8). Él hace esto para nuestro beneficio a largo plazo.

Muchas de las calamidades que le sobrevienen a la gente son consecuencia de sus propios pecados y de las actitudes hostiles de los unos hacia los otros. El profeta Jeremías expresó adecuadamente este principio: “Tu maldad te castigará, y tus rebeldías te condenarán. . .” (Je-

remías 2:19). Sin embargo, Dios algunas veces ejerce control sobre las consecuencias de las actividades y conflictos humanos para lograr sus objetivos finales. En ocasiones él interviene en forma dramática para alterar el curso de la historia. Su intervención, que puede incluir castigos personales y colectivos, tiene como fin realizar un propósito mayor.

Dios mencionó el principio de causa y efecto cuando dio su ley al antiguo Israel. Él inspiró a Moisés para que advirtiera a Israel: “Cuidate de no olvidarte del Eterno tu Dios, para cumplir sus mandamientos . . . [para que no] se enorgullezca tu corazón . . . y digas en tu corazón: Mi poder y la fuerza de mi mano me han traído esta riqueza . . . Mas si llegares a olvidarte del Eterno tu Dios . . . de cierto pereceréis. Como las naciones que el Eterno destruirá delante de vosotros, así pereceréis, por cuanto no habréis atendido a la voz del Eterno vuestro Dios” (Deuteronomio 8:11-20).

Aquí Dios le dijo al pueblo de Israel que ellos mismos determinarían su futuro con las decisiones que tomaran. Esto era profecía, pero profecía *condicionada a las decisiones de la gente*. Si los israelitas decidían obedecer a Dios y reconocer que todas las bendiciones venían de él, recibirían su favor y su protección. Pero si ellos se olvidaban de Dios y lo desobedecían, entonces sufrirían las consecuencias que se acarrea toda la gente desobediente.

Como podemos leer en Levítico 26 y Deuteronomio 28, Dios presentó ejemplos de las bendiciones que les da a los que fielmente lo obedecen. También enumeró las consecuencias devastadoras que les sobrevienen si volviéndole la espalda deciden desobedecerlo.

Si examinamos cuidadosamente estos dos capítulos entenderemos más claramente el principio de causa y efecto en lo que se refiere a las profecías bíblicas. Estos pasajes enumeran muchas de las bendiciones que Dios da por la obediencia y los castigos que da por la desobediencia, y establecen la base para la mayoría de las acusaciones posteriores y castigos proféticos que Dios ha pronunciado sobre Israel y otros pueblos.

El principio fundamental es sencillo: Tarde o temprano Dios reacciona al comportamiento humano. Por consiguiente, todos los pueblos determinan en gran parte su futuro por la manera en que responden a Dios y sus preceptos. El rey David notó esto cuando escribió: “Se hundieron las naciones en el hoyo que hicieron; en la red que escondieron

fue tomado su pie” (Salmos 9:15). Una vez que comprendemos que la respuesta de Dios a la gente se basa en el principio de causa y efecto (bendiciones por la obediencia y calamidades por la desobediencia), desaparecen muchos de los misterios y conceptos erróneos acerca de la profecía bíblica. Por lo tanto, otros aspectos de ésta se vuelven más fáciles de comprender.

7. El contexto histórico de la profecía

La profecía no se da ni se cumple fuera de un contexto histórico. La profecía analiza actitudes y comportamiento —pasados, presentes y futuros— y revela la perspectiva y las reacciones de Dios. No podemos entender correctamente la profecía bíblica sin un conocimiento del contexto histórico de la época y de la sociedad en que vivía el profeta que la dio.

La Biblia revela el origen del género humano y sus divisiones étnicas (Hechos 17:24-26; Deuteronomio 32:7-8). Relata el ascenso y la caída de los imperios y revela las razones de su éxito y su decadencia. Explica el origen del pecado y el efecto que ha tenido en la historia del hombre. Estos factores constituyen el contexto histórico y son esenciales para poder entender la profecía.

Los libros proféticos tales como Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel contienen muchos datos históricos y un análisis de las condiciones de la época en que fueron escritos. Contienen instrucción, corrección, advertencias y súplicas de cambio. Presentan opciones, y algunas veces explican de manera vívida las consecuencias de dichas opciones.

La profecía, por cuanto refleja la perspectiva de Dios de largo alcance, no puede entenderse si no se tiene en cuenta su contexto histórico. Para tener una perspectiva bíblica correcta del mundo es necesario entender la perspectiva que Dios tiene de la historia y cómo él influye en ella.

Necesitamos reconocer que Dios interviene en los asuntos del hombre para cumplir su propósito. Pero es igualmente importante que entendamos su perspectiva. Esto coloca a la profecía en su contexto apropiado.

Una profecía considerada fuera de su contexto es fácil de malentender. Esta es la razón por la que ha habido tantas interpretaciones erróneas, e incluso irracionales, de la profecía bíblica.

8. Una era satánica

Otra clave para entender la profecía bíblica consiste en comprender el papel que desempeña Satanás el diablo y la influencia que ejerce en el ámbito humano. Su dominio es tan férreo que el apóstol Pablo lo llama “el dios de este siglo” (2-Corintios 4:4). Si queremos entender la profecía bíblica, es necesario que tengamos en cuenta la penetrante influencia de Satanás.

La Biblia contrasta “este siglo” del gobierno de Satanás con “el [siglo] venidero” (Mateo 12:32; Efesios 1:21). Los cristianos tienen que luchar “contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes” (Efesios 6:12). El apóstol Juan nos dice que Satanás “engaña al mundo entero” (Apocalipsis 12:9) y que “el mundo entero está bajo el maligno” (1-Juan 5:19).

Antes de que Dios creara los cielos y la tierra, hizo los ángeles. Uno de estos poderosos seres espirituales decidió convertirse en enemigo de Dios y por consiguiente su nombre fue cambiado a Satanás, que significa “adversario”. En Apocalipsis 12:4 se nos hace ver que Satanás (también llamado “el gran dragón”, v.-9) arrastró en su rebelión la tercera parte de los ángeles. Los ángeles que lo siguieron se conocen como demonios, los cuales forman las “huestes espirituales de maldad” de las que nos advierte Pablo en Efesios 6:12.

El “siglo venidero” (Marcos 10:30; Lucas 18:30) estará completamente libre de la influencia de Satanás. Dios le permitió al apóstol Juan ver en visión “al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás”, cuando Dios lo hizo prender y atar por mil años “para que no engañase más a las naciones, hasta que fuesen cumplidos mil años” (Apocalipsis 20:2-3).

El retorno de Jesucristo y el encarcelamiento de Satanás darán inicio al profetizado siglo venidero, en el cual “los reinos del mundo [vendrán] a ser de nuestro Señor y de su Cristo” (Apocalipsis 11:15).

Con el diablo atado, el mundo por fin experimentará la paz bajo el gobierno de Cristo: “Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre. El celo del Eterno de los ejércitos hará esto” (Isaías 9:7).

9. El asombroso potencial humano

Cuando Dios creó al hombre le dio dominio sobre su creación, para supervisar todo lo que él había hecho: “Creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra” (Génesis 1:27-28).

Finalmente, Dios agrandará ese dominio en forma casi inconcebible: “¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él, o el hijo del hombre, para que le visites? Le hiciste un poco menor que los ángeles, le coronaste de gloria y de honra, y le pusiste sobre las obras de tus manos; *todo* lo sujetaste bajo sus pies. Porque en cuanto le sujetó todas las cosas, *nada* dejó que no sea sujeto a él; pero todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas” (Hebreos 2:6-8).

Por sorprendente que parezca, Dios desea poner *todo lo que ha creado* bajo nuestro control, para que lo administremos en armonía con su voluntad. Sin embargo, en nuestra condición humana actual eso es imposible. Pero recordemos que también Jesucristo fue un ser humano; él estuvo una vez en la carne, así como nosotros. En la actualidad, él participa de todo el poder del universo con nuestro Padre celestial (Mateo 28:18). (Si desea mayor información acerca del futuro que Dios tiene planeado para todos los que fielmente le sirvan, por favor no deje de solicitar un ejemplar del folleto titulado *Nuestro asombroso potencial humano*. Se lo enviaremos sin costo alguno para usted.)

Llegará el tiempo en que Cristo compartirá su autoridad con todos los que sean hechos hijos inmortales de Dios. Él nos promete: “Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono” (Apocalipsis 3:21).

Nuestro Padre celestial también nos dice: “El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo” (Apocalipsis 21:7). Este es el futuro que Dios le promete a todo aquel que le rinda a él su voluntad.

Para poder entender la profecía, debemos familiarizarnos con estos principios bíblicos. Ahora, consideremos las promesas de Dios y los pactos en los cuales se basa toda la profecía.

Pactos y promesas: Un legado profético

La profecía empieza con una promesa que Dios hizo en el huerto del Edén. Inmediatamente después de que el engañador, “la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás” (Apocalipsis 12:9), indujo a Adán y Eva a cometer su primer pecado, Dios le dijo a Satanás: “Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar” (Génesis 3:15).

Esta es una profecía de muy largo alcance; es la promesa de que Dios resolverá el problema del engaño y pecado que Satanás ocasionó. Él prometió que de Eva, la primera persona en ser engañada, vendría una “Simiente” o descendiente quien le asestaría un golpe a Satanás (heriría su cabeza) que lo vencería totalmente y lo derribaría de la posición de autoridad que ejerce sobre la humanidad, posición por medio de la cual engaña al mundo entero.

Dios reveló que la “simiente” de Satanás —la gente que se encuentra bajo su influencia— trataría con hostilidad a la “Simiente” de la mujer que Dios había prometido. Satanás tendría éxito en dejar temporalmente imposibilitado (como una fuerte contusión en el talón) a la Simiente prometida por Dios.

Efectivamente, miles de años después, cuando Jesús (la Simiente prometida) fue crucificado, su vida y su obra fueron interrumpidas por tres días y tres noches, tal como Dios lo había predicho (Mateo 12:40).

Sobre esa promesa fundamental de que Dios enviaría una Simiente, el Hijo del Hombre, como Redentor de la humanidad para derrotar a Satanás, se basa otra serie de promesas que Dios les hizo a sus siervos a

lo largo de los siglos. En forma colectiva, estas promesas forman la base de la profecía bíblica; y cada una de ellas amplía la promesa original.

Posteriormente, Dios le prometió a Abraham: “. . . serán benditas en ti todas las familias de la tierra” (Génesis 12:3); esa bendición vendría por medio de la simiente de Abraham (Génesis 22:18). Muchos siglos después de Abraham, el apóstol Pablo escribió: “Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente. No dice: Y a las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: Y a tu simiente, la cual es Cristo” (Gálatas 3:16). Todas las naciones sobre la tierra serán bendecidas por medio de Jesús de Nazaret.

El legado de dos familias

Adán confió en su juicio personal en vez de seguir las instrucciones de Dios. El progenitor físico de la humanidad cedió ante la influencia engañosa que Satanás ejerció en él por medio de su esposa Eva. En cambio Abraham “creyó al Eterno, y le fue contado por justicia” (Génesis 15:6; Santiago 2:23). Por consiguiente, Dios escogió a Abraham como el padre humano de *otra* familia, una familia de creyentes espiritualmente orientada, que aceptaría y obedecería la ley de Dios.

Esa familia estaría compuesta primero de los descendientes naturales de Abraham por medio de su hijo Isaac (Génesis 21:12). Posteriormente, una función más importante de esa familia empezaría por medio de otro descendiente: Jesús, el Redentor prometido (Gálatas 3:29; Romanos 8:16-18). Por medio de él, Abraham es el “padre de todos los creyentes no circuncidados . . . y padre de la circuncisión” (Romanos 4:11-12). Finalmente, Dios ha prometido darles a los miembros de esta familia espiritual vida eterna en su reino cuando Jesucristo aparezca en su segunda venida.

Promesas duales

Además de la promesa que de la simiente de Abraham vendría el Salvador, había también una promesa de grandeza para la simiente natural de Abraham. En otras palabras, las promesas que Dios le hizo a Abraham son duales. Contienen implicaciones tanto físicas (para los descendientes de Abraham) como espirituales (para los seguidores de Cristo). Ambas son parte esencial del plan maestro de Dios para la humanidad.

Dios le dijo a Abraham: “Te daré a ti, y a tu descendencia después de ti, la tierra en que moras, toda la tierra de Canaán en heredad perpetua. . .” (Génesis 17:8; 12:7; 24:7). Pero esto fue sólo el principio.

De los descendientes de Abraham surgirían muchas naciones. Por esa razón Dios le cambió el nombre de Abram a Abraham: “Y no se llamará más tu nombre Abram [‘padre enaltecido’], sino que será tu nombre Abraham [‘padre de una multitud’], porque te he puesto por padre de muchedumbre de gentes. Y te multiplicaré en gran manera, y haré naciones de ti, y reyes saldrán de ti” (Génesis 17:5-6).

Dios aumentó la familia de Abraham, pero esperó hasta que él y su esposa Sara fueran tan viejos que ya no pudieran tener hijos; no obstante, milagrosamente nació Isaac. Al final, todos los que sean considerados descendientes de Abraham deberán “nacer” nuevamente (Juan 3:3, 6), convirtiéndose en seres espirituales en el Reino de Dios. Isaac fue un precursor de cosas por venir (Romanos 9:6-9).

Isaac procreó dos hijos, Esaú y Jacob. Dios escogió a Jacob, el menor, para recibir las promesas físicas que él le había dado a Abraham. De manera similar, Dios escoge a quienes él decide darles la oportunidad de estar entre los descendientes espirituales de Abraham, los cuales recibirán el cumplimiento de las promesas espirituales y eternas (Romanos 9:10-11). Desde luego, Dios pone condiciones. Todos deben primeramente venir al conocimiento de “la verdad”, y luego arrepentirse de sus pecados (1-Timoteo 2:3-4; 2-Pedro 3:9).

Dios cambió el nombre de Jacob a Israel. Sus 12 hijos fueron los progenitores de las 12 tribus de Israel, las cuales Dios libertó de la esclavitud en Egipto bajo el liderazgo de Moisés. Dios les dio a los israelitas la tierra de Canaán, tal como se lo había prometido a Abraham.

Pero Dios no limitó su promesa de grandeza para los descendientes de Abraham al territorio que le había asignado al antiguo reino de Israel. Dios prometió que Abraham había de ser “una nación grande y fuerte” (Génesis 18:18). El apóstol Pablo nos dice que Dios le dio a Abraham “la promesa de que sería *heredero del mundo*” (Romanos 4:13). Dios confirmó esta expansión final de la herencia de Abraham a su nieto Jacob: “. . . la tierra en que estás acostado te la daré a ti y a tu descendencia. Será tu descendencia como el polvo de la tierra, y te extenderás al occidente, al oriente, al norte y al sur; y todas las familias de la tierra serán benditas en ti y en tu simiente” (Génesis 28:13-14).

Finalmente, esta expansión continua en todas las direcciones abarcará toda la tierra. A medida que los pueblos vayan conociendo los caminos de Dios y arrepintiéndose de sus pecados (que son el quebrantamiento de su ley; 1-Juan 3:4), Dios los injertará como hijos suyos en la familia de Abraham.

Los gentiles injertados en Israel

¿Cómo puede suceder esto? Por medio de Jesucristo, tanto los israelitas físicos como los que no lo son pueden recibir las promesas hechas a Abraham. El apóstol Pablo nos explica lo siguiente: “Acordaos de que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne . . . estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo” (Efesios 2:11-13).

Cualquier persona que no sea un descendiente natural de Abraham puede, sin embargo, convertirse en heredero de la herencia prometida a la familia de Abraham. Independientemente de su linaje, todos pueden llegar a ser parte del “Israel [espiritual] de Dios” por medio de Cristo (Gálatas 6:15-16). Para poder heredar esas promesas, ellos deben ser injertados en la familia de Israel.

El apóstol Pablo hace la analogía de injertar una rama de olivo silvestre en un buen olivo: “Pues si algunas de las ramas [de Israel] fueron desgajadas, y tú, siendo olivo silvestre [gentil], has sido injertado en lugar de ellas, y has sido hecho participante de la raíz y de la rica savia del olivo, no te jactes contra las ramas; y si te jactas, sabe que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti” (Romanos 11:17-18).

Luego Pablo les advierte a los gentiles injertados por Dios, que no se sientan superiores a los israelitas que aún no reconocen a Jesús como el Salvador. “Pues las ramas, dirás, fueron desgajadas para que yo fuese injertado. Bien; por su incredulidad fueron desgajadas, pero tú por la fe estás en pie. No te ensoberbecas, sino teme. Porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, a ti tampoco te perdonará” (vv. -19-21).

Israel debe ser redimido

Poco después de la muerte y resurrección de Jesucristo los creyentes empezaron a participar de las promesas hechas a Abraham y a sus

descendientes. Los compatriotas de Jesús lo rechazaron y no quisieron reconocerlo como el Hijo de Dios (Mateo 21:42-43; Lucas 17:25). Entonces, los gentiles fueron hechos partícipes del mensaje de Jesús como el Salvador prometido. Así, muchos gentiles llegaron a ser parte del “Israel de Dios”, es decir, la Iglesia (Gálatas 6:15-16).

Pero los descendientes físicos de Abraham no estarán separados de Dios permanentemente, sino que serán redimidos y reconciliados con él. Pablo explica el papel que ellos desempeñan en el plan de Dios: “Son israelitas, de los cuales son la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas; de quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo . . .” (Romanos 9:4-5).

Pablo continúa: “¿Ha desechado Dios a su pueblo [Israel]? En ninguna manera. Porque también yo soy israelita, de la descendencia de Abraham, de la tribu de Benjamín. No ha desechado Dios a su pueblo, al cual desde antes conoció . . .” (Romanos 11:1-2). Luego, el apóstol hace mención de la presente ceguera espiritual de los israelitas: “Lo que buscaba Israel, no lo ha alcanzado; pero los escogidos sí lo han alcanzado, y los demás fueron endurecidos; como está escrito: Dios les dio espíritu de estupor, ojos con que no vean y oídos con que no oigan, hasta el día de hoy” (vv.-7-8).

“Digo, pues: ¿Han tropezado los de Israel para que cayesen? En ninguna manera; pero por su transgresión [al rechazar a Cristo, quien vino a ser la ‘piedra de tropiezo’; 1-Pedro 2:7-8] vino la salvación a los gentiles, para provocarles a celos [en el futuro]. Y si su transgresión es la riqueza del mundo, y su defección la riqueza de los gentiles, ¿cuánto más su plena restauración?” (vv.-11-12).

¿Captamos el significado de las palabras de Pablo? La mayoría de los descendientes de Israel continúan rechazando a Jesucristo, pero Dios no los ha desechado definitivamente. Cuando Cristo regrese como Rey de reyes, ellos serán incluidos en el plan de redención. La comprensión de esta verdad es esencial para entender las profecías concernientes al pueblo de Israel en los últimos días del presente siglo malo.

Tanto para los israelitas como para los gentiles, el acceso a la herencia eterna prometida a Abraham es posible únicamente por medio de Jesucristo: “Si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa” (Gálatas 3:29). “Por tanto, es por fe, para que sea por gracia, a fin de que la promesa sea firme

para toda su descendencia; no solamente para la que es de la ley, sino también para la que es de la fe de Abraham, el cual es padre de todos nosotros” (Romanos 4:16).

La primogenitura y el cetro

Podemos ver que existe una dualidad en las promesas que Dios le hizo a Abraham. Si bien algunos aspectos de las promesas tienen que ver con una herencia eterna por medio de Cristo, otros aspectos se relacionan con una herencia material. El cumplimiento de estas promesas fue reiterado a Isaac y después a Jacob (a quien Dios le cambió el nombre a Israel; Génesis 32:28).

Poco antes de la muerte de Jacob, Dios lo inspiró para que les revelara a sus 12 hijos la manera en que la herencia física de Abraham afectaría a las generaciones futuras de Israel: “Llamó Jacob a sus hijos, y dijo: Juntaos, y os declararé lo que os ha de acontecer en los días venideros” (Génesis 49:1). Jacob les explicó lo que les sucedería a los descendientes de cada uno de sus 12 hijos, descendientes que se convertirían en las 12 tribus de Israel.

Es importante notar que las principales promesas que Dios le hizo a Abraham pasarían únicamente a José y Judá. Cada uno de ellos tuvo una promesa diferente, una herencia distinta. La Biblia lo resume de esta manera: “Bien que Judá llegó a ser el mayor sobre sus hermanos, y el príncipe de ellos; mas el derecho de primogenitura fue de José” (1-Crónicas 5:2).

Debido a la promesa de la *primogenitura*, los descendientes de José gozarían de una prosperidad inimaginable; poseerían las mejores bendiciones materiales y lograrían obtener una gran superioridad militar porque la mano de Dios estaría con ellos. Su territorio se expandiría como ramas que se extienden sobre un muro (Génesis 49:22-26).

En cambio, Judá y sus descendientes recibieron la promesa de un *cetro*, el báculo que lleva un rey como símbolo de su soberanía. Esto significaba que de Judá vendría una dinastía de reyes que culminaría en el reinado de Jesucristo. Jacob explicó: “No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies . . .” (Génesis 49:10). Las promesas hechas a Abraham que tenían que ver con el gobierno, la salvación y el Mesías serían cumplidas por medio del pueblo judío, los descendientes de Judá. Jesús mismo dijo que “la salvación viene de los judíos”

(Juan 4:22). Esa es la razón por la que él tuvo que nacer en una familia judía como descendiente físico de Judá (Mateo 1:1-16; Lucas 3:23-38).

Las promesas hechas a David

Mucho tiempo después de Abraham, la promesa del cetro finalmente cobró mayor significado por medio del rey David de la tribu de Judá. Dios le dio a David el reino de Israel y le prometió que de él vendría una dinastía de reyes que continuaría para siempre.

Dios le envió a David este mensaje por medio del profeta Natán: “Así ha dicho el Eterno de los ejércitos . . . te he dado nombre grande . . . yo levantaré después de ti a uno de tu linaje . . . yo afirmaré para siempre el trono de su reino . . . Y será afirmada tu casa y tu reino para siempre delante de tu rostro, y tu trono será estable eternamente” (2-Samuel 7:8-16).

Efectivamente, Dios estableció una dinastía por medio de David. Dios prometió que en el futuro, de los descendientes de David, vendría un Rey más grande. Siglos después, Dios envió un ángel a María, y éste le dijo: “Y ahora concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS. Éste será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin” (Lucas 1:31-33).

Cristo establecerá ese reino cuando regrese a la tierra, y su reino durará eternamente. Entender esta verdad es de primordial importancia si queremos comprender los mensajes de los profetas que siguieron después de David.

El reino de David fue dividido

Cuando murió David su reino pasó a su hijo Salomón. A Salomón se le había concedido gran sabiduría y riqueza, pero en su vejez él permitió que sus muchas esposas y concubinas extranjeras apartaran su corazón de Dios (1-Reyes 11:1-8). El reino cayó en la idolatría.

Poco tiempo después de la muerte de Salomón, Dios dividió el reino que le había dado a David en dos naciones. Las tribus de Judá, Benjamín y algunos de Leví permanecieron leales a Roboam, hijo de Salomón, preservando así la dinastía de David. Este reino, mucho más pequeño, fue conocido como la casa de Judá o simplemente Judá.

Retuvo a Jerusalén como su capital.

Las otras 10 tribus (la mayor parte del reino) se separaron y retuvieron el nombre de Israel; establecieron la ciudad de Samaria como su capital, en el territorio de la tribu de Efraín. (Años más tarde, la casa de Israel fue llevada en cautiverio por los asirios. Ese pueblo desapareció de la historia y llegó a ser conocido como “las 10 tribus perdidas”).

La división política del reino vino de hecho a separar la promesa del cetro de la promesa de la primogenitura. La casa o reino de Judá retuvo el cetro y el trono de David.

Las tribus de Efraín y Manasés, descendientes directos de José, dominaron la casa de Israel (que estaba situada al norte de la casa de Judá) y retuvieron el derecho de primogenitura. A partir de ese momento, la primogenitura y el cetro han permanecido separados y así seguirán hasta que la casa de Israel y la casa de Judá sean reunificadas como una sola nación bajo el gobierno de Jesucristo.

Un reino reunificado

La restauración de Israel como una sola nación bajo el gobierno de Cristo es un tema que aparece en varios de los libros proféticos de la Biblia. Esa reunificación tendrá lugar poco tiempo después del regreso de Jesucristo como Rey de reyes. Notemos la confirmación que Dios hace por medio del profeta Ezequiel: “Así ha dicho el Eterno el Señor: He aquí, yo tomo a los hijos de Israel de entre las naciones a las cuales fueron, y los recogeré de todas partes, y los traeré a su tierra; y los haré una nación en la tierra, en los montes de Israel, y un rey será a todos ellos por rey; y nunca más serán dos naciones, ni nunca más serán divididos en dos reinos. Ni se contaminarán ya más con sus ídolos, con sus abominaciones y con todas sus rebeliones; y los salvaré de todas sus rebeliones con las cuales pecaron, y los limpiaré; y me serán por pueblo, y yo a ellos por Dios. Mi siervo David será rey sobre ellos, y todos ellos tendrán un solo pastor; y andarán en mis preceptos, y mis estatutos guardarán, y los pondrán por obra. Habitarán en la tierra que di a mi siervo Jacob, en la cual habitaron vuestros padres; en ella habitarán ellos, sus hijos y los hijos de sus hijos para siempre; y mi siervo David será príncipe de ellos para siempre” (Ezequiel 37:21-25).

Dios le prometió a David que su reino duraría para siempre. Cuando estos dos pueblos sean reunificados bajo el gobierno de Jesucristo,

el mundo lo verá y sabrá que el Eterno Dios cumple sus promesas.

Hablando de la reunificación del pueblo de Israel, Dios continúa: “Y haré con ellos pacto de paz, pacto perpetuo será con ellos; y los estableceré y los multiplicaré, y pondré mi santuario entre ellos para siempre. Estará en medio de ellos mi tabernáculo, y seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo” (vv.-26-27).

Dios confirmó muchas de sus promesas mediante pactos especiales, comenzando con Abraham: “En aquel día hizo el Eterno un pacto con Abram, diciendo: A tu descendencia daré esta tierra . . .” (Génesis 15:18).

Después, los israelitas se comprometieron a sí mismos y a sus descendientes con Dios como sus siervos especiales. Dios les dijo: “Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos . . .” (Éxodo 19:5). Ellos respondieron: “Todo lo que el Eterno ha dicho, haremos” (v.-8). El pacto de Dios unió a Israel con Dios así como una esposa se une a su esposo en el matrimonio (Jeremías 3:20; 31:32).

El propósito de los pactos

Todos los profetas bíblicos, desde los tiempos de Moisés en adelante, recurrieron a este pacto como norma para juzgar el comportamiento del pueblo escogido de Dios. Cada uno de los profetas juzgó a los israelitas de acuerdo con su fidelidad, o infidelidad, al pacto con Dios. Todos los pactos de Dios tienen el mismo propósito: Definen los parámetros de la relación entre él y los depositarios de su pacto. Explican lo que él espera de su pueblo para que éste continúe recibiendo sus bendiciones o los beneficios de sus promesas. Establecen las obligaciones que su pueblo debe cumplir para continuar recibiendo su favor o gracia.

Un pacto es un convenio entre Dios y su pueblo. Aquellos que quebrantan el pacto pierden el favor de Dios, la bendición de su gracia. El grado de favor que Dios le otorga a su pueblo corresponde a la medida en que ellos se sujetan en obediencia a sus pactos.

El pacto que Dios hizo con el antiguo Israel tiene un significado especial en la profecía bíblica, porque documenta detalladamente las condiciones que Israel tenía que cumplir para permanecer en el favor de Dios. Aunque los Diez Mandamientos resumían el meollo del

compromiso que Israel tenía con Dios, el pueblo tenía la obligación de obedecer *todas* sus instrucciones. Dios les prometió: “Acontecerá que si oyeres atentamente la voz del Eterno tu Dios, para guardar y poner por obra todos sus mandamientos que yo te prescribo hoy, también el Eterno tu Dios te exaltará sobre todas las naciones de la tierra. Y vendrán sobre ti todas estas bendiciones, y te alcanzarán, si oyeres la voz del Eterno tu Dios” (Deuteronomio 28:1-2).

En los 12 versículos siguientes, Dios enumeró las maravillosas bendiciones de prosperidad física que Israel recibiría. Pero el acuerdo no terminaba ahí. Dios también enunció con claridad las consecuencias que les sobrevendrían a los israelitas si rechazaban las condiciones de su pacto: “Pero acontecerá, si no oyeres la voz del Eterno tu Dios, para procurar cumplir todos sus mandamientos y sus estatutos que yo te intimo hoy, que vendrán sobre ti todas estas maldiciones, y te alcanzarán” (v.-15). El resto de este capítulo describe lo que les sucedería si ellos rechazaban o hacían caso omiso de su pacto con Dios.

Un fundamento firme para la profecía

Los pactos y promesas de Dios, especialmente la promesa de bendiciones por la obediencia y maldiciones por la desobediencia, elementos que forman parte del pacto que Dios hizo con Israel, constituyen el fundamento de la profecía bíblica.

En el próximo capítulo consideraremos la obra y los mensajes específicos de los profetas de Dios, entre ellos Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel. Aprenderemos la razón por la que ellos pusieron por escrito sus profecías. Muy pocas personas entienden la importancia que estas profecías tienen para nuestro ciego mundo.

Dios confirma su credibilidad ante el mundo entero

¿Qué es un profeta? ¿En qué consisten su trabajo, su función y su misión? El apóstol Pedro describe a los profetas como “santos hombres de Dios [quienes] hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2-Pedro 1:21). Pero ¿acaso no hay nada más?

Según el diccionario bíblico de Peloubet, “la voz hebrea *nabi*, que se traduce como profeta, significa ‘alguien que anuncia o trae un mensaje de Dios’. Nuestra palabra *profeta* tiene esencialmente el mismo significado: alguien que habla por inspiración divina como intérprete o vocero de Dios, ya sea un mensaje acerca del deber, una advertencia o una predicción de acontecimientos futuros. El doble significado se debe a los dos sentidos de la preposición *pro* (vocablo griego del cual se deriva la palabra *profeta*): ‘por’ y ‘antes’. Así, un profeta es alguien que habla *por* Dios, y alguien que anuncia lo que va a ocurrir *antes* de que suceda”.

Es importante que entendamos el papel que desempeñaron los profetas bíblicos. Daniel se refiere a ellos como “tus siervos [los de Dios] . . . que en tu nombre hablaron a nuestros reyes, a nuestros príncipes, a nuestros padres y a todo el pueblo de la tierra” (Daniel 9:6). Eran mensajeros cuyo papel no consistía únicamente en hacer predicciones; ellos también actuaron como instructores, hicieron notar las lecciones de la historia, le recordaron a la gente acerca del pacto que

habían hecho con Dios, les mostraron a los reyes y a las naciones sus pecados, y proclamaron el llamado de Dios al arrepentimiento. Como vocero de Dios, la Biblia algunas veces se refiere a un profeta simplemente como “un varón de Dios” (1-Samuel 2:27).

Dios solía revelar su voluntad a los profetas por medio de visiones y sueños. En imágenes mentales ellos veían con claridad lo que Dios quería que dieran a conocer a la gente; por ejemplo: “Lo que vio Isaías hijo de Amoz acerca de Judá y de Jerusalén” (Isaías 2:1). Ellos describían, en sus propias palabras y estilo, lo que habían visto u oído (v.-8). Algunas veces Dios les decía textualmente lo que tenían que decir, de manera que muchos pasajes proféticos comienzan con estas palabras: “Así dice el Eterno . . .” (Isaías 44:6; Jeremías 8:4; Ezequiel 11:5).

Decadencia espiritual

A partir de muy poco tiempo después de la muerte de Josué, hasta la destrucción de Jerusalén en el año 587 a.C., se deterioró la condición espiritual del pueblo israelita. Las antiguas casas de Israel y Judá fueron consideradas naciones relativamente justas y obedientes sólo durante parte del reinado de unos pocos reyes: David, Salomón, Ezequías y Josías.

Bajo el liderazgo de Salomón, Israel alcanzó el pináculo de su expansión territorial, prosperidad y fama. Sin embargo, la pesada carga tributaria que Salomón le impuso al pueblo promovió la miseria y el resentimiento. Al mismo tiempo, la influencia pagana de sus muchas esposas hizo que él se alejara de Dios y se volviera a la idolatría. Debido a la infidelidad de Salomón al pacto con Dios, éste determinó quitarle la mayor parte del reino a su hijo Roboam para dársela a Jeroboam. Dios le advirtió a Jeroboam que no cometiera el mismo error que Salomón (1-Reyes 11:26-40).

Inmediatamente después de la muerte de Salomón, Roboam hizo caso omiso de la recomendación de sus consejeros ancianos, quienes le aconsejaron que revocara la excesiva carga tributaria que Salomón había impuesto sobre el pueblo, ya que esta política amenazaba con dividir el reino. Especialmente las tribus del norte se resentieron por tan pesada carga, y bajo el liderazgo de Jeroboam diez tribus se apartaron y formaron un reino separado tal como Dios lo había dispuesto.

Pero casi de inmediato este nuevo reino, conocido como la casa de

Israel, introdujo la idolatría en sus ceremonias religiosas. Judá, el reino del sur, retuvo más fielmente la forma correcta de adoración y en ocasiones experimentó el reavivamiento espiritual bajo reyes justos, entre ellos Ezequías y Josías. Pero aun Judá rara vez impidió la propagación de la idolatría dentro de sus fronteras.

Ambos reinos se degeneraron moral y espiritualmente. Primero, la casa de Israel decayó con rapidez, y luego fue seguida por la casa de Judá, que experimentó una prolongada decadencia. Tanto los gobernantes como los súbditos hicieron caso omiso de su pacto con Dios. Específicamente, Dios condenó su idolatría y su falta de respeto por el sábado, el día que él había santificado para la adoración y el descanso semanal (Génesis 2:2-3; Éxodo 20:8-11; 31:12-17).

Muy pronto, Israel y Judá empezaron a experimentar las aflicciones y los castigos por la desobediencia que Dios les había anunciado en Levítico 26 y Deuteronomio 28. Por medio de sus profetas, Dios les rogó durante varios siglos, tanto a la casa de Judá como a la casa de Israel, que se arrepintieran. En su gran mayoría, la gente desdeñó las advertencias de los profetas.

Al principio, los profetas hicieron uso únicamente de la palabra hablada para condenar la corrupción moral y espiritual de las dos naciones. Les suplicaron que se arrepintieran. Elías y Eliseo fueron los dos profetas prominentes durante este largo período de decadencia moral y espiritual. Leemos acerca de su trabajo casi al final de 1° de Reyes y en los primeros capítulos de 2° de Reyes. Finalmente los profetas comenzaron a proclamar sus advertencias proféticas no sólo con súplicas orales sino con mensajes escritos también.

La profecía escrita vino a ser necesaria

Israel y Judá siguieron hundiéndose en la degradación moral y espiritual, de manera que Dios pronto intensificaría el castigo por sus pecados. Envío a sus profetas para que anunciaran a ambas naciones una grave advertencia: A menos que se arrepintieran de todos sus pecados —particularmente de su codicia, idolatría y profanación del sábado y de las fiestas de Dios— muy pronto su destino sería el cautiverio y el exilio. Conquistadores extranjeros invadirían sus fronteras, destruirían sus ciudades y se llevarían a los sobrevivientes a tierras lejanas.

En aquellos tiempos los imperios frecuentemente amenazaban con

invadir a los reinos menores, y de esta manera los intimidaban y los obligaban a someterse. Por lo general, los países más débiles accedían a convertirse en estados vasallos de los monarcas poderosos, quienes les exigían absoluta lealtad. Mientras los estados vasallos pagaran el tributo requerido y se mantuvieran leales, generalmente se les permitía gobernarse a sí mismos. Pero cualquier insubordinación era aplastada de inmediato, y se les imponían más restricciones. Si los estados vasallos intentaban sacudirse otra vez del control de la potencia superior, eran demolidos por medio de la fuerza militar y los sobrevivientes eran llevados en cautiverio.

¿Por qué era la amenaza de exilio para Israel y Judá tan importante para Dios que quiso que se registrara por escrito para las generaciones futuras? ¿Por qué decidió que el mundo entero debía saber por qué y cómo desheredaría temporalmente a su pueblo escogido? Al fin y al cabo, Dios había prometido dar esta tierra a los descendientes de Abraham para siempre. ¿Cómo podía quitársela sin menoscabar su propia credibilidad?

Dios cumple sus promesas

Dios quiere que el mundo entero sepa que él siempre cumple sus promesas. Él les prometió a Abraham y a David que sus descendientes, su simiente, heredarían y tendrían dominio sobre una tierra específica, la tierra de Canaán, para siempre. Pero después, por medio de los profetas, les dijo a Israel y Judá que los expulsaría de esa tierra. Esto requería una explicación.

¿Cómo podía Dios expulsar a su pueblo de la Tierra Prometida, permitir que fuera llevado al cautiverio y exilio, y aun así cumplir sus promesas? ¿Abandonaría Dios sus promesas y sus pactos? ¿Cesaría la dinastía de David?

Dios determinó contestar estas preguntas por adelantado. No quería que ningún burlador tuviera motivo legítimo para acusarlo de haber quebrantado sus promesas y violado sus pactos. Él decidió consignar de manera permanente la razón por la que estaba enviando al exilio a ambos reinos de los descendientes de Israel.

Así que Dios envió a sus profetas no sólo para *advertir* sino también para *poner por escrito* lo que planeaba hacer para que todo el mundo pudiera leer, por adelantado, sus planes de restaurar a Israel

como un solo reino. Uno de los primeros profetas que escribió acerca del inminente exilio del reino de Israel exclamó: “No hará nada el Eterno el Señor, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas” (Amós 3:7). Dios comisionó a tales profetas no sólo para advertir acerca de los desastres inminentes, sino también para explicar que Dios cumpliría más adelante todas las promesas que había hecho.

Por estos antecedentes podemos ver que Dios dispuso que los profetas escribieran para todas las generaciones sobre lo que traería el futuro. Ciertamente, esto es historia escrita por adelantado.

Las mismas profecías que predijeron la caída de los reinos de Israel y Judá, también predicen de manera específica la venida del Ungido de Dios y la restauración del trono de David. Estas profecías explican que Jesucristo —siendo el hijo de David y el Hijo de Dios— restaurará, en su segunda venida, el reino de Israel bajo su propio reinado universal.

Por medio de estas profecías, Dios le proporciona a la humanidad pruebas de la veracidad de sus promesas y sus pactos. De esta manera, la profecía viene a ser un fundamento de la credibilidad y fidelidad de Dios para todos los que aceptan su Palabra por lo que es y dedican tiempo al estudio de la misma.

Justamente como Dios demostró con anterioridad —mediante la milagrosa liberación de Israel de la servidumbre en Egipto— la veracidad de sus promesas hechas a Abraham, Isaac y Jacob de que ellos llegarían a ser una nación independiente, así también demostrará la absoluta veracidad de su palabra por medio del cumplimiento de todo lo que ha declarado por la boca y la pluma de sus profetas. Por medio de ellos, Dios reveló los aspectos buenos y malos del futuro de Israel, y que estas cosas afectarían profundamente el futuro de la humanidad.

Lo más importante de esto es que, a final de cuentas, Dios habrá demostrado que él y sólo él tiene el poder para controlar lo que nos sucederá. Habrá confirmado sin sombra de duda las siguientes palabras: “Yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho . . . Yo hablé, y lo haré venir; lo he pensado, y también lo haré” (Isaías 46:9-11).

Dios demostrará que él es Dios

Por medio del profeta Ezequiel, Dios explica el gran propósito de

los acontecimientos que nos ha revelado: “Pondré mi gloria entre las naciones, y todas las naciones verán mi juicio que habré hecho, y mi mano que sobre ellos puse. Y de aquel día en adelante sabrá la casa de Israel que yo soy el Eterno su Dios. Y sabrán las naciones que la casa de Israel fue llevada cautiva por su pecado, por cuanto se rebelaron contra mí, y yo escondí de ellos mi rostro, y los entregué en manos de sus enemigos, y cayeron todos a espada. Conforme a su inmundicia y conforme a sus rebeliones hice con ellos, y de ellos escondí mi rostro. Por tanto, así ha dicho el Eterno el Señor: Ahora volveré la cautividad de Jacob, y tendré misericordia de toda la casa de Israel . . . cuando los saque de entre los pueblos, y los reúna de la tierra de sus enemigos, y sea santificado en ellos ante los ojos de muchas naciones. Y sabrán que yo soy el Eterno su Dios, cuando después de haberlos llevado al cautiverio entre las naciones, los reúna sobre su tierra, sin dejar allí a ninguno de ellos” (Ezequiel 39:21-28; compárese con Éxodo 6:7).

Dios puso estas profecías por escrito para que toda la humanidad pueda entender y creer en su gran poder y justicia y fidelidad. Todos los pueblos tendrán entonces prueba incontrovertible de que pueden confiar en él como el Dios fiel y verdadero. Si Dios dejara de cumplir una sola promesa, no se podría confiar en su palabra. La profecía nos explica cómo cumplirá él sus promesas, tanto para castigar a quienes pecan contra él como para bendecir a quienes lo obedecen.

Dios se valdrá de sus profecías —y su asombrosa exactitud— para demostrarles a todos que él ciertamente es el Dios de verdad. Todo el mundo llegará a comprender la veracidad de la declaración de Jesús cuando le dijo a su Padre: “Tu palabra es verdad” (Juan 17:17).

Dios confirmará su credibilidad

Debemos tener en mente las promesas hechas a Abraham y David, así como el pacto que Dios hizo con Israel. Dios se compromete a sí mismo a ser fiel a su palabra. Por lo tanto, se ha obligado a restaurar toda la herencia y las bendiciones que quitó en el exilio de Israel y Judá.

De nuevo el Eterno dijo: “He aquí, yo tomo a los hijos de Israel de entre las naciones a las cuales fueron, y los recogeré de todas partes, y los traeré a su tierra; y los haré una nación en la tierra, en los montes de Israel, y un rey será a todos ellos por rey; y nunca más serán dos naciones, ni nunca más serán divididos en dos reinos. Ni se contami-

narán ya más con sus ídolos, con sus abominaciones y con todas sus rebeliones; y los salvaré de todas sus rebeliones con las cuales pecaron, y los limpiaré; y me serán por pueblo, y yo a ellos por Dios” (Ezequiel 37:21-23).

Tan convincentes serán las pruebas de la realidad de Dios, que el resultado será un arrepentimiento verdadero, acompañado de un cambio profundo en la manera en que el pueblo de Israel le responderá: “Vendrá el Redentor a Sion, y a los que se volvieren de la iniquidad en Jacob, dice el Eterno. Y este será mi pacto con ellos, dijo el Eterno: El Espíritu mío que está sobre ti, y mis palabras que puse en tu boca, no faltarán de tu boca, ni de la boca de tus hijos, ni de la boca de los hijos de tus hijos, dijo el Eterno, desde ahora y para siempre” (Isaías 59:20-21).

Siglos más tarde el apóstol Pablo reiteró este concepto: “No quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sion el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad” (Romanos 11:25-26).

No habrá ningún motivo para dudar de la existencia y confiabilidad de Dios. Las pruebas de que Dios es real y que su Palabra es verdad perdurarán de manera abrumadora e irrefutable.

Cuando los descendientes del antiguo Israel acepten las innegables pruebas de que Dios ha inspirado y cumplido fielmente las profecías escritas en su Palabra, Cristo comenzará a enseñarles esta misma verdad a las demás naciones hasta llevar a *toda la humanidad* al verdadero arrepentimiento. Los libros proféticos de la Biblia proporcionarán las pruebas irrefutables de que Dios puede predecir con exactitud el final desde el principio.

El alcance mundial de la profecía

Los críticos que acusan a Dios de favorecer a los descendientes de Israel en perjuicio de otras naciones, con frecuencia ignoran el alcance del plan maestro de Dios. Si bien es cierto que el pueblo de Israel desempeña un papel esencial en el cumplimiento del plan divino, ese papel no es simplemente para su propio beneficio.

Dios le prometió a Abraham: “. . . Serán benditas en ti *todas* las familias de la tierra” (Génesis 12:3). Para lograrlo, Dios también le prometió: “Haré de ti [por medio del pueblo de Israel] una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré . . .” (vv.-2-3).

Cuando examinamos cuidadosamente la profecía bíblica, descubrimos que Dios permanece fiel a su promesa. Los individuos y las naciones que se oponen al papel que Dios le ha asignado al pueblo de Israel —por sus promesas a Abraham— están destinados al fracaso. Esto *no* es porque los descendientes israelitas de Abraham sean mejores que otras gentes, sino porque tales críticos se ponen a sí mismos en contra de la voluntad divina.

El plan de Dios abarca todas las naciones

Dios es justo. Él castigó severamente a los antiguos pueblos de Israel y Judá cuando se rebelaron y violaron su pacto. Él bendice a todos los que obedecen su ley y castiga a quienes no lo hacen. En fin de cuentas, es imparcial en su trato tanto con los israelitas como con los que no lo son (Deuteronomio 10:17-19).

En el texto mismo de los Diez Mandamientos él explica que sus leyes se aplican a todos: “. . . Yo soy el Eterno tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos” (Éxodo 20:5-6).

Dios nos juzga de acuerdo con nuestra forma de responder a sus preceptos. Él específicamente le dijo al antiguo pueblo de Israel que amara al extranjero porque ellos mismos habían sido una vez extranjeros en Egipto (Levítico 19:34). Le explicó a Abraham que de acuerdo con su plan maestro él se propone bendecir a “todas las familias de la tierra” (Génesis 12:3).

Según el plan divino, los descendientes de Abraham, por medio de Jacob, desempeñarían un papel prominente y especial. Por supuesto, en ese plan Jesucristo es el principal descendiente de Abraham (Mateo 1:1; Gálatas 3:29); nadie puede recibir la salvación sino por medio de él (Hechos 4:10-12).

Pero los descendientes físicos de Israel también desempeñan un papel vital en el plan de Dios. Es importante que comprendamos las implicaciones internacionales de la profecía bíblica para no interpretar mal el papel que Dios le asignó al antiguo Israel. Dios no está interesado únicamente en Israel; su propósito atañe a *todas* las naciones, a *todos* los pueblos.

Isaías comienza su profecía con estas palabras: “Oíd, cielos, y escucha tú, tierra . . .” y agrega: “Acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa del Eterno como cabeza de los montes, y será exaltado sobre los collados, y correrán a él *todas* las naciones” (Isaías 1:2; 2:2). En el último capítulo del mismo libro, Dios nos dice: “. . . Tiempo vendrá para juntar a *todas* las naciones y lenguas; y vendrán, y verán mi gloria” (Isaías 66:18).

La profecía trasciende las fronteras nacionales. Aunque en la Biblia se habla más acerca de los descendientes de Abraham, el plan de Dios abarca toda la humanidad (Hechos 10:34-35). Él bendice a todos los que lo obedecen y castiga a todos los que obstinadamente se oponen a su voluntad, israelitas y gentiles por igual.

El propósito de Dios a largo plazo es *cambiar la conducta de toda la humanidad*, porque él “no [quiere] que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2-Pedro 3:9). Él promete:

“. . . mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos” (Isaías 56:7). La profecía explica cómo se logrará esto.

Dios ama al mundo entero

Aunque Dios escogió a Israel como su “especial tesoro sobre todos los pueblos” (Éxodo 19:5), su propósito va mucho más allá de los israelitas. Moisés explicó esto cuando Dios acababa de establecer a Israel como una nación: “Mirad, yo os he enseñado estatutos y decretos, como el Eterno mi Dios me mandó . . . Guardadlos, pues, y ponedlos por obra; porque esta es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia ante los ojos de los pueblos, los cuales oirán todos estos estatutos, y dirán: Ciertamente pueblo sabio y entendido, nación grande es esta” (Deuteronomio 4:5-6).

A pesar de las protestas del profeta Jonás, Dios lo envió con su mensaje profético a Nínive, una ciudad gentil. Los ciudadanos de Nínive le creyeron a Dios y se arrepintieron, y él los libró del castigo. Dios se preocupa por todos los pueblos.

Dios le dio a Israel la gran responsabilidad de seguir sus caminos y servir así como un modelo para beneficio de las demás naciones. En ese tiempo, los israelitas no tenían un corazón sumiso y obediente (Deuteronomio 5:29; Jeremías 7:23-24), así que su éxito como nación modelo fue de corta duración. Con el correr del tiempo, su conducta se degeneró y vino a ser igual a la de las naciones a su alrededor.

Al final, Dios les retiró temporalmente sus bendiciones a los descendientes de Abraham, y fueron llevados en cautiverio. Entonces Dios le ofreció a Nabucodonosor, rey de Babilonia, la oportunidad de servirle. El profeta Daniel, que tuvo un alto puesto administrativo en el gobierno de Nabucodonosor, escribió la historia de cómo Dios le ofreció a este monarca gentil la oportunidad de arrepentirse de sus pecados y poner por obra las leyes de Dios en su imperio.

Las naciones y los pueblos en el extenso Imperio Babilónico se habrían beneficiado inmensamente si Nabucodonosor hubiera aceptado la oportunidad que Dios le dio. Entonces, este conocimiento y comprensión de los caminos de Dios habría pasado a las generaciones futuras.

Dios le permitió a Nabucodonosor gobernar un imperio cuya cultura e influencia perdurarían y se extenderían a los imperios y culturas que le sucedieran. Pero debido a que Nabucodonosor no se sometió a

Dios, la influencia de Babilonia fue mucho más mala que buena. La Escritura muestra que esta malvada influencia continuará hasta la segunda venida de Jesucristo (Apocalipsis 17:5; 18:2).

Se le revela el futuro a un rey gentil

Para llamar la atención de Nabucodonosor, Dios le reveló en un sueño una visión del futuro. Daniel le explicó al monarca que “hay un Dios en los cielos, el cual revela los misterios, y él ha hecho saber al rey Nabucodonosor lo que ha de acontecer en los postreros días” (Daniel 2:28).

Daniel continuó diciendo: “. . . el Dios del cielo te ha dado reino, poder, fuerza y majestad . . . Y después de ti se levantará otro reino inferior al tuyo; y luego un tercer reino de bronce, el cual dominará sobre toda la tierra. Y el cuarto reino será fuerte como hierro . . . Y en los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido . . . pero él permanecerá para siempre” (vv.-37-44).

Debido a los pecados de Israel, Dios les concedió el dominio de esa región a los gobernantes gentiles, situación que continuará hasta que él mismo instaure un reino final —el Reino de Dios— al regreso de Cristo. Dios le reveló a Nabucodonosor en esta profecía fundamental un bosquejo de las potencias que dominarían esa región en el futuro.

Aproximadamente al mismo tiempo, Dios envió a Daniel a decirle al monarca: “Yo le ruego a Su Majestad aceptar el consejo que le voy a dar: Renuncie usted a sus pecados y actúe con justicia . . .” (Daniel 4:27, Nueva Versión Internacional). Aunque en algún momento Nabucodonosor había reconocido la grandeza de Dios, realmente no prestó atención a la súplica y al consejo de Daniel.

Dios humilló al rey haciendo que perdiera la cordura por siete años. Durante ese tiempo estuvo incapacitado para administrar el gobierno de Babilonia. Daniel le había advertido: “Te echarán de entre los hombres, y con las bestias del campo será tu morada, y con hierba del campo te apacientarán como a los bueyes . . . hasta que conozcas que el Altísimo tiene dominio en el reino de los hombres, y que lo da a quien él quiere” (v.-25). Dios se aseguró de que Nabucodonosor no pudiera justificar su desobediencia en ninguna manera.

Cuando todo hubo terminado, el monarca reconoció su craso error e hizo pregonar el siguiente decreto: “Nabucodonosor rey, a todos los

pueblos, naciones y lenguas que moran en toda la tierra: Paz os sea multiplicada. Conviene que yo declare las señales y milagros que el Dios Altísimo ha hecho conmigo. ¡Cuán grandes son sus señales, y cuán potentes sus maravillas! Su reino, reino sempiterno, y su señorío de generación en generación” (vv.-1-3; ver también los vv.-34-37).

El rey de Babilonia pudo reconocer el poder y la autoridad de Dios sobre la tierra. Pero no encontramos ningún indicio de que él haya abandonado de manera permanente sus caminos idólatras y haya empezado a servir únicamente al Dios verdadero. No obstante, llegó a entender que el Dios de Daniel era más grande que todos los dioses que él adoraba.

Una lección de la historia

Lo que Dios ha mostrado, y la historia ha confirmado repetidamente, es que ni los dirigentes nacionales ni sus pueblos pueden obedecer a Dios con sus propias fuerzas. El apóstol Pablo lo sintetiza con las siguientes palabras: “¿Qué, pues? ¿Somos nosotros [los judíos] mejores que ellos [los gentiles]? En ninguna manera; pues ya hemos acusado a judíos y a gentiles, que *todos* están bajo pecado. Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno” (Romanos 3:9-12).

La justicia no podrá llenar la tierra hasta que Jesucristo vuelva y establezca el Reino de Dios, y Dios derrame de su Espíritu sobre “toda carne” (Joel 2:28; Hechos 2:17, 38), sobre aquellos que se arrepientan voluntariamente. Dios le reveló esta misma verdad a Nabucodonosor: “. . . El Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre” (Daniel 2:44).

Esta verdad es el núcleo mismo de la profecía bíblica. La profecía muestra cómo el Dios creador intervendrá en los asuntos de la humanidad y establecerá su reino, el cual traerá la paz, la justicia y la salvación a toda la humanidad.

La profecía bíblica tiene que ver con todas las naciones. Se centra en el único gobernante — Jesucristo, el Hijo de Dios — que puede establecer la utopía sobre la tierra.

Ahora veamos cómo se cumplirá la promesa de la utopía venidera.

El final del ‘presente siglo malo’

“Estando [Jesús] sentado en el monte de los Olivos, los discípulos se le acercaron aparte, diciendo: Dinos, ¿cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo?” (Mateo 24:3). Ellos querían saber cuándo vendría el Reino de Dios y cuándo terminaría la era del dominio de Satanás, a la que el apóstol Pablo se refiere como el “presente siglo malo” (Gálatas 1:4).

Jesús explicó que antes de su regreso habría “gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá” (Mateo 24:21). Es difícil imaginarnos la magnitud del sufrimiento que se experimentará durante los aterradores últimos años de nuestra era. La profecía describe ese tiempo como el período más turbulento y violento de la historia. Jesús continuó: “Si no se acortaran aquellos días, *nadie escaparía con vida . . .*” (v.-22, Nueva Biblia Española).

Por la misericordia de Dios, ese tiempo tan dramático se acortará, e inmediatamente después empezará la maravillosa era del Reino de Dios que mencionó el profeta Daniel. Cristo regresará al final de esa época violenta para establecer una paz permanente.

¿Por qué, entonces, permitirá Dios ese período de guerra y caos?

La mano inadvertida del archiengañador

Las Escrituras describen a un ser malvado que engaña a toda la humanidad. Debido a este engaño, él mismo se hizo el gobernante y dios de este mundo. Justo antes de que Jesucristo regrese, el Dios todopoderoso finalmente le permitirá a Satanás el diablo llevar a cabo

lo que empezó con la antigua Babel o Babilonia (Génesis 11:1-4). En aquel entonces, había muchas tribus pequeñas que se estaban multiplicando con rapidez, y Satanás se valió de un hombre llamado Nimrod para organizarlas en un sistema muy diferente del que Dios deseaba.

El reino de Nimrod trató de reunir a toda la gente en un solo imperio (Génesis 10:8-12). No obstante, este ambicioso proyecto era contrario al propósito de Dios. Fue el primer intento de la humanidad por frustrar el deseo de Dios de darle a cada grupo familiar su propio territorio como herencia (v.-32). Dios quería que los grupos familiares fueran la base de la organización y estructura de la sociedad. Sin embargo, Nimrod persuadió a la gente de su época para que rechazara el plan de Dios y apoyara el establecimiento de un solo imperio respaldado por una poderosa fuerza militar.

Los seguidores de Nimrod no tenían fe en la protección de Dios, ni en su liderazgo, sus leyes o su modo de vida. Ellos querían decidir por sí mismos cómo debían organizar y gobernar la tierra. Prefirieron permanecer como un solo pueblo y organizarse a sí mismos sin distinciones familiares (Génesis 11:1, 4).

¿Cuál fue la reacción de Dios? Intervino en el incidente de la torre de Babel y confundió su lengua y así obligó a los primeros habitantes de la tierra a esparcirse (vv.-6-8). Desde entonces, los profetas de Dios han empleado la palabra *Babilonia* como una representación simbólica del dominio que Satanás ha ejercido en los seres humanos por medio del gobierno, la cultura y la religión.

Durante los últimos días del reino de Judá, en el siglo sexto antes de Cristo, la ciudad de Babilonia expandió su poder y se convirtió en el imperio dominante de la región bajo el rey Nabucodonosor II (el Nabucodonosor de la Biblia). Por un breve período en el tiempo del fin, Satanás volverá a organizar a varios grupos de naciones en potencias mundiales (Apocalipsis 9:16-18; 17:12-13).

La bestia simbólica volverá a surgir

En el capítulo 12 del Apocalipsis se describe a Satanás como “un gran dragón escarlata” que tiene “siete cabezas y diez cuernos, y en sus cabezas siete diademas” (v.-3). Se hace mención, además, del intento de Satanás por destruir a Jesús inmediatamente después de su nacimiento: “Y el dragón se paró frente a la mujer que estaba para dar

a luz, a fin de devorar a su hijo tan pronto como naciese” (v.-4; compárese con Mateo 2:13-21).

Luego, la escena cambia al tiempo del fin: “Por lo cual alegraos, cielos, y los que moráis en ellos. ¡Ay de los moradores de la tierra y del mar! porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo” (Apocalipsis 12:12).

A continuación, Apocalipsis 13 empieza con la siguiente descripción, en palabras del apóstol Juan: “Me paré sobre la arena del mar, y vi subir del mar una bestia que tenía siete cabezas y diez cuernos; y en sus cuernos diez diademas; y sobre sus cabezas, un nombre blasfemo” (v.-1). Esta bestia reúne las características de cuatro bestias similares mencionadas en una de las visiones proféticas de Daniel (Daniel 7).

El apóstol Juan, quien escribió el Apocalipsis, describe a la bestia tal como la vio: “Y la bestia que vi era semejante a un leopardo, y sus pies como de oso, y su boca como boca de león. Y el dragón le dio su poder y su trono, y grande autoridad” (Apocalipsis 13:2).

Satanás (el dragón) es el poder que está obrando entre bastidores. Esta alianza política y militar del tiempo del fin tendrá muchas de las características de los cuatro imperios anteriores que empezaron con el del rey Nabucodonosor de Babilonia.

“La bestia que has visto, era, y no es; y está para subir del abismo e ir a perdición; y los moradores de la tierra, aquellos cuyos nombres no están escritos desde la fundación del mundo en el libro de la vida, se asombrarán viendo la bestia que era y no es, y será” (Apocalipsis 17:8).

Con la caída de Roma, se suponía que ese antiguo sistema había terminado, como si hubiera sido herido de muerte. Pero el Apocalipsis nos dice que este sistema resurgirá asombrosamente de entre las cenizas del Imperio Romano: “Vi una de sus cabezas como herida de muerte, pero su herida mortal fue sanada; y se maravilló toda la tierra en pos de la bestia” (Apocalipsis 13:3).

Veamos el poder y la influencia que ejercerá este satánico sistema de gobierno en los últimos días: “Y adoraron al dragón que había dado autoridad a la bestia, y adoraron a la bestia, diciendo: ¿Quién como la bestia, y quién podrá luchar contra ella?” (v.-4). El mundo temerá y se maravillará del enorme poder de esta alianza de naciones.

Notemos la configuración de esta alianza política y militar: “Los diez cuernos que has visto, son diez reyes, que aún no han recibido rei-

no; pero por una hora [un tiempo relativamente corto] recibirán autoridad como reyes juntamente con la bestia. Éstos tienen un mismo propósito, y entregarán su poder y su autoridad a la bestia. Pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá . . .” (Apocalipsis 17:12-14).

Otra bestia

“Después vi otra bestia que subía de la tierra; y tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, pero hablaba como dragón [Satanás]. Y ejerce toda la autoridad de la primera bestia en presencia de ella, y hace que la tierra y los moradores de ella *adoren* a la primera bestia, cuya herida mortal fue sanada” (Apocalipsis 13:11-12). Esta bestia afirmará representar a Jesucristo, el verdadero Cordero de Dios (v.-8), pero en realidad será vocero de Satanás con respecto a lo que deben adorar los humanos.

En Apocalipsis 17 a esta bestia se le representa también como una mujer prostituida, una ramera: “. . . Vi a una mujer sentada sobre una bestia escarlata llena de nombres de blasfemia, que tenía siete cabezas y diez cuernos. Y la mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, y adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas, y tenía en la mano un cáliz de oro lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación; y en su frente un nombre escrito, un misterio: BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA” (vv.-3-5).

La mujer prostituida se sienta sobre la primera bestia (la alianza de 10 reyes, gobernantes de naciones o grupos de naciones) y la dirige. Ella es la principal defensora de las deplorables doctrinas de Satanás. En sus tradiciones y enseñanzas ella preserva con astucia los misterios paganos: los fundamentos de la antigua religión de Babilonia. Al final de esta era, ella será una feroz defensora de estas antiguas prácticas y costumbres religiosas, haciéndolas de nuevo populares en todo el mundo.

¿Quién es esta ramera espiritual? “La mujer que has visto es la *gran ciudad* que reina sobre los reyes de la tierra” (v.-18). Las antiguas ciudades de Babilonia y Roma controlaron enormes imperios, sometiendo a muchas naciones y reyes a sus tradiciones y cultura. La profecía revela que una ciudad moderna asumirá un papel similar en el tiempo del fin.

Esta ciudad ejercerá una poderosa influencia en el sistema económico, político y religioso de este mundo. La profecía nos revela que antes de que llegue el momento en que esta ramera —esta gran Babilonia—

sea destruida por Cristo, “todas las naciones [habrán] bebido del vino del furor de su fornicación; y los reyes de la tierra [habrán] fornicado con ella, y los mercaderes de la tierra se [habrán] enriquecido de la potencia de sus deleites” (Apocalipsis 18:3).

Esta ciudad ejercerá tanta influencia en todos los aspectos de la sociedad que, durante un tiempo, será ella la que decreta el rumbo que deberá seguir el mundo. Ella es “la gran ramera, la que está sentada sobre muchas aguas; con la cual han fornicado los reyes de la tierra, y los moradores de la tierra se han embriagado con el vino de su fornicación” (Apocalipsis 17:1-2).

Satanás se valdrá de las tradiciones y creencias de esta poderosa ciudad para engañar al mundo entero (Apocalipsis 12:9): “Las aguas que has visto donde la ramera se sienta, son pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas [idiomas]” (Apocalipsis 17:15).

Satanás también obrará por medio de los dirigentes de estas dos bestias para convencer al mundo de que una nueva alianza política y religiosa es la clave para lograr la paz internacional duradera. Pero este sistema en su totalidad estará basado en conceptos que favorecen el razonamiento, la sensualidad y la vanidad humanos, y rechazan la revelación de las leyes y caminos de Dios. En parte por esa razón, el Apocalipsis acertadamente define a esta defensora de las tradiciones de Satanás en el tiempo del fin como “la gran Babilonia” (Apocalipsis 16:19; 18:2).

En Salmos 2:1-3 se describe la actitud de los gobernantes y demás personas que aceptan los principios de Satanás: “¿Por qué se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas? Se levantarán los reyes de la tierra, y príncipes consultarán unidos contra el Eterno y contra su unguido, diciendo: Rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas”. Los sistemas políticos y religiosos de Satanás están basados en la premisa popular, pero absolutamente falsa, de que el hombre tiene el derecho de decidir por sí mismo lo que es bueno o malo, correcto o erróneo.

Ilusión de paz

El diablo se vanaglorió ante Jesús de su dominio sobre “todos los reinos del mundo” (Mateo 4:8-9). Él nunca renunciará voluntariamente a su poderosa influencia sobre la humanidad. Precisamente por esta razón el mundo experimentará los terribles días profetizados por Jesús,

unos días que, si no fuesen acortados, conducirían a la extinción del género humano (Mateo 24:21-22). Satanás, el archiengañador, se vale de agentes humanos para que promuevan sus falaces argumentos. Éstos, sinceros pero embaucados, se convierten en paladines de los conceptos básicos del diablo.

En el tiempo del fin se promoverá activamente la filosofía de Satanás, haciéndola aparecer como la última esperanza de la humanidad para lograr la paz y la seguridad mundiales (1-Tesalonicenses 5:2-3). Será defendida como la oportunidad más grande que el mundo ha tenido de colaborar con el bien común. La Escritura hace referencia al principal defensor de Satanás en el tiempo del fin como “el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios” (2-Tesalonicenses 2:3-4).

Su advenimiento será “por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira” (vv.-9-11). Los poderes persuasivos de esta persona serán tremendos.

Lo trágico es que grandes multitudes de todas las naciones creerán sus astutas mentiras; apoyarán con entusiasmo los conceptos que Satanás introdujo desde la época de la torre de Babel. Serán engañadas de tal forma que creerán que estos conceptos satánicos producirán paz y armonía genuinas.

Un tiempo de conflicto mundial

Pero estas falsas promesas de paz y seguridad no durarán. El reino político de Satanás en el tiempo del fin tendrá una falla garrafal que causará una ruptura entre los miembros de la alianza.

Dios le reveló al profeta Daniel que, en su fase final, “el reino será en parte fuerte, y en parte frágil. Así como viste el hierro mezclado con barro, se mezclarán por medio de alianzas humanas; pero no se unirán el uno con el otro, como el hierro no se mezcla con el barro” (Daniel 2:42-43). Los que participen en esta alianza no podrán superar sus diferencias. Al final, “los diez cuernos que viste en la bestia . . . aborrecerán a la ramera, y la dejarán desolada y desnuda; y devorarán sus carnes, y la quemarán con fuego” (Apocalipsis 17:16).

La confusión y el conflicto se verán agravados debido a que reyes procedentes del oriente del río Éufrates vendrán y tomarán parte en “la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso” (Apocalipsis 16:12-14).

Además, muchas profecías indican que en el tiempo del fin aún existirán descendientes de las 12 tribus de Israel. Algunas indican que estos descendientes, tanto de la casa de Israel como de la casa de Judá, se convertirán en blanco de la ira de Satanás (Daniel 12:1; Jeremías 30:4-10; 31:7-10; Apocalipsis 7:2-4; 12:1, 13).

Recordemos que el apóstol Juan, en la visión que tuvo con respecto al papel de Satanás en los acontecimientos de los últimos días, oyó una voz que decía: “¡Ay de los moradores de la tierra y del mar! porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo” (Apocalipsis 12:12).

Nada de lo que hace Satanás es por el bienestar de los seres humanos. Él quiere aprovechar los diferentes bandos para provocar la guerra, no la paz. El diablo sabe que Jesucristo regresará pronto, y está completamente consciente de que su dominio de este mundo y de la humanidad terminará. Por lo tanto, según revela la profecía bíblica, Satanás va a manipular los esfuerzos de la humanidad por lograr la paz y la unidad, y los convertirá en un instrumento para descargar su propia ira contra Cristo.

En lugar de gozar de paz y seguridad, la humanidad será víctima de la ira y desesperación de Satanás. El diablo hará una vez más que el hombre se vuelva en contra del Dios verdadero. Los ejércitos de muchas naciones se reunirán cerca de Jerusalén para tomar parte en la batalla más aterradora de la historia. Las tres religiones más grandes de este mundo tienen a Jerusalén como ciudad santa. Geográficamente, la ciudad está en uno de los lugares de mayor importancia estratégica sobre la tierra: el cruce de caminos de Asia, Europa y África.

La gran batalla final

Para reunir a estos ejércitos, Satanás enviará “espíritus de demonios, que hacen señales, y van a los reyes de la tierra en todo el mundo, para reunirlos a la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso” (Apocalipsis 16:14). Los generales, oficiales y soldados no se darán cuenta de que Satanás los ha reunido porque quiere usarlos para luchar

contra Jesucristo cuando él descienda del cielo (Apocalipsis 19:11-19; Zacarías 14:3-4).

En las Escrituras, a este “gran día del Dios Todopoderoso” (Apocalipsis 16:14) también se le llama el “día del Señor” (Hechos 2:20). En este contexto, estos términos se refieren al tiempo inmediatamente anterior al regreso de Cristo, cuando Dios castigará a una humanidad desafiante por su rebelión. Es el tiempo en que las naciones que siguen el sistema de Satanás se acarrearán la ira de Dios (Apocalipsis 14:9-10).

En esta batalla final, una parte muy grande de la humanidad —la bestia, apoyada por una coalición de 10 gobernantes— reunirá sus ejércitos en la planicie adyacente a la antigua fortaleza de Meguido en el norte de Israel: “Y los reunió en el lugar que en hebreo se llama Armagedón” (Apocalipsis 16:16).

La palabra *Armagedón* (derivada de *Har-magedon*, que probablemente significa el monte de Meguido) se ha convertido en el término para referirse a una batalla grande y decisiva que amenazará todo tipo de vida sobre el planeta. Este es el meollo de la declaración de Jesús acerca del tiempo del fin: ¡la supervivencia humana estará en juego! (Mateo 24:21-22). Ahora las armas de destrucción masiva son tan poderosas que pueden destruir varias veces toda vida sobre la tierra.

Como escribió el profeta Daniel: “En aquel tiempo . . . será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces . . .” (Daniel 12:1). A menos que Jesucristo intervenga para rescatar al mundo de la astucia de Satanás y de la insensatez del hombre, ¡toda vida humana será extinguida!

Tal vez esto parezca tan fantástico que no podría ocurrir realmente, pero es real y es algo que *sí sucederá*. El apóstol Pablo mencionó específicamente este tiempo estremecedor: “Vosotros sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche; que cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán” (1-Tesalonicenses 5:2-3).

Cuando fracase el último esfuerzo en pro de la unidad internacional para garantizar la “paz y seguridad”, el resultado será una guerra mundial de tal magnitud que no tendrá antecedentes en la historia. Después de un breve período de destrucción inimaginable, Cristo intervendrá para impedir el exterminio de la humanidad (Mateo 24:22).

Dios humillará a las naciones

¿Por qué tiene el mundo que llegar a esta situación tan trágica? ¿Cuál es el propósito de Dios en este momento crítico en la historia, la época que en la Biblia se llama “el día grande y espantoso del Eterno”? (Joel 2:31).

El propósito final de Dios siempre ha sido el de traer a todos al arrepentimiento (2-Pedro 3:9). Pero el arrepentimiento universal es imposible mientras la mayoría de la gente, bajo la influencia de Satanás, acepte las opiniones y tradiciones humanas por encima de las enseñanzas del Dios viviente.

Hace mucho tiempo, Dios explicó por medio del profeta Isaías lo que planea lograr durante el venidero Día del Señor: “Día del Eterno de los ejércitos vendrá sobre todo soberbio y altivo, sobre todo enaltecido, y *será abatido*” (Isaías 2:12). Antes de que Jesús regrese y tome las riendas del gobierno del mundo entero, Dios *humillará* a todo el mundo para que esté dispuesto a someterse a la corrección divina.

Los sobrevivientes de este período breve pero devastador, especialmente los descendientes del antiguo Israel y Judá, serán personas con corazones contritos y humillados por los sufrimientos que para entonces habrán experimentado (v.-11). Por medio de tales experiencias traumáticas, Dios los humillará y los preparará para que se sometan voluntariamente al liderazgo y enseñanza de Cristo cuando él regrese.

En la profecía de Sofonías podemos ver que Dios se valdrá de estas catástrofes para humillar a la gente: “. . . Mi determinación es reunir las naciones, juntar los reinos, para derramar sobre ellos mi enojo, todo el ardor de mi ira; por el fuego de mi celo será consumida toda la tierra . . . porque entonces quitaré de en medio de ti a los que se alegran en tu soberbia, y nunca más te ensoberbecerás en mi santo monte. *Y dejaré en medio de ti un pueblo humilde y pobre, el cual confiará en el nombre del Eterno*” (Sofonías 3:8-12). Aunque este pasaje está dirigido específicamente al remanente de Israel y Judá en el tiempo del fin, nos explica gráficamente cómo y con qué propósito Dios humillará a los soberbios y arrogantes.

Por medio de otro profeta, Dios nos explica por qué exhorta al hombre a arrepentirse y dejar de pecar: “Cuando yo dijere al impío: De cierto morirás; si él se convirtiere de su pecado, e hiciere según el derecho y la

justicia . . . y caminar en los estatutos de la vida, no haciendo iniquidad, vivirá ciertamente y no morirá” (Ezequiel 33:14-15). En Isaías 59:20 se expone el mismo principio: “Vendrá el Redentor a Sion [Jerusalén], y a los que se volvieren de la iniquidad en Jacob, dice el Eterno”.

Por otro lado, Dios no promete tal redención a quienes rechacen su corrección y rehúsen arrepentirse de su arrogancia y rebeldía. Ellos no serán protegidos por Dios de la horrenda destrucción que asolará la tierra: “He aquí el día del Eterno viene, terrible, y de indignación y ardor de ira, para convertir la tierra en soledad, y raer de ella a sus pecadores” (Isaías 13:9).

Preparación para el regreso de Cristo

Muchos pasajes proféticos describen el tiempo en que Dios preparará al mundo para el reinado de Jesucristo. Como Creador del universo, Dios demostrará la autoridad y poder que tiene sobre toda su creación. La humanidad no tendrá excusa alguna para negarle el honor y respeto debidos a su nombre.

¿Por qué son necesarias estas medidas tan radicales?

Notemos cómo describe el apóstol Pablo las actitudes que prevalecerán en el tiempo del fin: “También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; *a éstos evita*” (2-Timoteo 3:1-5).

La actitud y la motivación de la humanidad *deben cambiar*. Las actitudes de arrogancia, intransigencia, odio y brutalidad que imperan en nuestro mundo deben ser desarraigadas. Dios sabe que la destrucción de la civilización humana —que irónicamente se deberá en gran parte a la propia violencia y alevosía del hombre— será la única forma de lograr que las endurecidas mentes humanas lleguen a entender que el “presente siglo malo” es demasiado corrupto para ser preservado.

Moral y espiritualmente, nuestra sociedad se está deteriorando con gran rapidez, y cada vez promueve más las actitudes y prácticas impías que el apóstol Pablo advirtió que caracterizarían los últimos días. A las

personas que perciban y estén dispuestas a escuchar, Jesús les advierte: “Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día. Porque como un lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra” (Lucas 21:34-35).

No estarán dispuestos a arrepentirse

Aun en medio de la terrible mortandad y destrucción del tiempo del fin, la mayoría de las personas seguirán empeñadas en sus caminos de maldad: “Y los otros hombres que no fueron muertos con estas plagas, ni aun así se arrepintieron de las obras de sus manos, ni dejaron de adorar a los demonios . . . y no se arrepintieron de sus homicidios, ni de sus hechicerías, ni de su fornicación, ni de sus hurtos” (Apocalipsis 9:20-21).

La tarea de traer a la humanidad al arrepentimiento no es ni fácil ni rápida; tampoco puede ocurrir sin sufrimiento. A lo largo de la historia, las personas en su gran mayoría han demostrado que no reconocerán sus pecados a menos que experimenten de manera personal e inmediata las consecuencias devastadoras de ellos.

El mundo que conocemos recibirá el castigo completo de sus pecados. Dios compara los sucesos del tiempo del fin con un ángel que vendimia una viña: “Y el ángel arrojó su hoz en la tierra, y vendimió la viña de la tierra, y echó las uvas en el gran lagar de la ira de Dios” (Apocalipsis 14:19). Dios ya no pondrá límite a la destructividad del hombre o de Satanás, excepto para intervenir justo antes de que ocurra el exterminio de la humanidad.

El profeta Sofonías describe ese día de ajuste de cuentas por la maldad y rebelión colectiva de la humanidad: “Cercano está el día grande del Eterno . . . Día de ira aquel día, día de angustia y de aprieto, día de alboroto y de asolamiento . . . Y atribularé a los hombres, y andarán como ciegos, porque pecaron contra el Eterno; y la sangre de ellos será derramada como polvo, y su carne como estiércol. Ni su plata ni su oro podrá librarlos en el día de la ira del Eterno . . .” (Sofonías 1:14-18).

Jesús describe este tiempo como uno de “gran calamidad en la tierra, e ira sobre este pueblo. Y caerán a filo de espada, y serán llevados cautivos a todas las naciones; y Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan” (Lucas 21:23-24).

Dios permitirá que esto suceda y nos dice que los gentiles “hollarán la ciudad santa cuarenta y dos meses” (un período de tres años y medio) justo antes de que Cristo regrese (Apocalipsis 11:2).

El pasado se relaciona con el futuro

Jesús nos dice que lo que ocurra en el futuro, cuando venga la crisis del fin de esta era, tiene sus raíces en lo que ocurrió antes. Para entender la importancia de Jerusalén en el tiempo del fin, necesitamos remontarnos al tiempo en que Jerusalén cayó por primera vez en manos de los gentiles. La caída de Jerusalén se relaciona directamente con los acontecimientos del fin del “presente siglo malo”.

En el año 587 a.C., el Imperio Babilónico capturó Jerusalén y la destruyó. Este suceso trascendental, junto con el exilio de los residentes de Jerusalén, fue el castigo final que Dios determinó para las antiguas naciones de Israel y Judá. Esto puso fin al dominio directo de la dinastía del rey David sobre la Tierra Santa y la ciudad de Jerusalén. A su regreso, Jesús restablecerá de manera permanente el trono de David y en él gobernará (Lucas 1:32-33).

En Salmos 106:40-42 se resume el cautiverio de Israel y Judá: “Se encendió, por tanto, el furor del Eterno sobre su pueblo, y abominó su heredad; los entregó en poder de las naciones, y se enseñorearon de ellos los que les aborrecían. Sus enemigos los oprimieron, y fueron quebrantados debajo de su mano”.

A partir de ese momento, la esperanza de los descendientes de Israel y de Judá ha sido resumida en esta oración: “Sálvanos, Eterno Dios nuestro, y recógenos de entre las naciones, para que alabemos tu santo nombre, para que nos gloriemos en tus alabanzas” (v.-47). Por medio de sus profetas, Dios les prometió a los antiguos pueblos de Israel y Judá que a su tiempo los traería de vuelta a su tierra.

Pero los profetas también nos revelan que inmediatamente antes de que se instaure el gobierno de Cristo, Jerusalén estará una vez más bajo el dominio y la influencia de los gentiles. Aun hoy, con el estado judío restablecido en la Tierra Santa, muchas otras naciones, además de la población árabe nativa, se oponen a la autoridad que los judíos ejercen sobre la parte original de Jerusalén (Jerusalén oriental). El monte del templo permanece bajo el control islámico. Jerusalén es todavía una ciudad dividida y atribulada, una fuente constante de fricciones internacionales.

Jerusalén en el tiempo del fin

Muchas de las profecías sobre los acontecimientos cruciales del tiempo del fin, se centran en Jerusalén. Jesús advirtió: “Cuando viereis a Jerusalén rodeada de ejércitos, sabed entonces que su destrucción ha llegado . . . Porque estos son días de retribución, para que se cumplan todas las cosas que están escritas” (Lucas 21:20-22).

Algunas profecías parecen indicar que estos sucesos se desencadenarán debido a que los judíos van a designar un “lugar santo” en el cual ellos ofrecerán nuevamente sacrificios de animales por la mañana y por la tarde. Esto podría enardecer a otras naciones hasta el punto en que el dirigente de la coalición de 10 gobernantes de la potencia denominada “la bestia” intervendrá y pondrá una “abominación” — término que la Biblia utiliza para referirse a una estatua u otra imagen idolátrica— en el “lugar santo” de los judíos (Daniel 12:9-11). En vista de las condiciones actuales, esta parece ser la manera más probable en que se cumplirán estas profecías.

Notemos la tremenda importancia que Jesús le da a esto: “Por tanto, cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel (el que lee, entienda), entonces los que estén en Judea, huyan a los montes. El que esté en la azotea, no descienda para tomar algo de su casa; y el que esté en el campo, no vuelva atrás para tomar su capa. Mas ¡ay de las que estén encintas, y de las que críen en aquellos días! Orad, pues, que vuestra huida no sea en invierno ni en día de reposo; porque habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá” (Mateo 24:15-21).

Los testigos de Dios y los de Satanás

Jerusalén será el centro de otros acontecimientos cruciales durante este tiempo apocalíptico. Dios enviará a Jerusalén a dos profetas, como testigos suyos, para que profeticen y realicen milagros en su nombre. Como el profeta Elías en el antiguo Israel, ellos le testificarán al mundo entero que, bajo la malévolamente influencia de Satanás, ha sido engañado y ha rechazado al Dios verdadero para seguir un estilo de vida idólatra.

“Daré a mis dos testigos que profeticen por mil doscientos sesenta días [tres años y medio] . . . Si alguno quiere dañarlos, sale fuego de la boca de ellos, y devora a sus enemigos; y si alguno quiere hacerles

daño, debe morir él de la misma manera. Éstos tienen poder para cerrar el cielo [como lo tuvo el profeta Elías], a fin de que no llueva en los días de su profecía; y tienen poder sobre las aguas para convertirlas en sangre, y para herir la tierra con toda plaga, cuantas veces quieran” (Apocalipsis 11:3-6).

Pero Satanás estará preparado para resistir a Dios. Él tendrá a su servicio dos personajes que serán falsificaciones de los dos testigos de Dios. Estos dos instrumentos de Satanás son designados proféticamente como “la bestia” y “el falso profeta que había hecho delante de ella [la bestia] las señales con las cuales había engañado a los que recibieron la marca de la bestia, y habían adorado su imagen” (Apocalipsis 19:20). Estas dos parejas de dirigentes espirituales se opondrán entre sí durante 42 meses, o tres años y medio.

La bestia del Apocalipsis

En este punto, es importante entender que en el Apocalipsis el término *bestia* puede tener dos significados distintos pero relacionados entre sí. Por un lado, puede ser el sistema gubernamental o religioso de Satanás; y por el otro, el dirigente carismático que encabeza el sistema gubernamental. Al igual que en las profecías de Daniel, tanto el sistema gubernamental como su dirigente se presentan como una bestia que devora a sus adversarios.

Notemos la influencia que en ese tiempo ejercerá sobre el mundo el dirigente de la coalición de 10 gobernantes que formarán la potencia designada como la bestia: “. . . Se maravilló toda la tierra en pos de la bestia, y adoraron al dragón que había dado autoridad a la bestia, y adoraron a la bestia, diciendo: ¿Quién como la bestia, y quién podrá luchar contra ella? También se le dio boca que hablaba grandes cosas y blasfemias; y se le dio autoridad para actuar cuarenta y dos meses. Y abrió su boca en blasfemias contra Dios, para blasfemar de su nombre, de su tabernáculo, y de los que moran en el cielo. Y se le permitió hacer guerra contra los santos, y vencerlos . . .” (Apocalipsis 13:3-7).

A pesar del dominio que el diablo ejercerá sobre el mundo, los santos se mantendrán fieles a Dios, lo cual es una ofensa a Satanás. Por esto, él hará “guerra contra . . . los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo” (Apocalipsis 12:17). Perseguirá y matará a los fieles cristianos (Mateo 24:9; Apocalipsis 13:7).

El contexto más amplio

Los acontecimientos de los últimos días vienen a ser el clímax de las tendencias que empezaron en el huerto del Edén. Fue allí donde Satanás persuadió a Adán y Eva para que desafiaron los mandatos de Dios. En el tiempo del fin, Dios hará una clara distinción entre las personas que viven de acuerdo con su ley y aquellas que, bajo la influencia de Satanás, inventan sus propias prácticas religiosas y modo de vivir. Los verdaderos vencedores serán los que guardan la ley de Dios. Jesús declaró: “¡Dichosos los que guardan sus Mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida, y entren por las puertas en la ciudad [la nueva Jerusalén]!” (Apocalipsis 22:14, Nueva Reina-Valera).

A continuación, pongamos en un contexto más amplio los esfuerzos de Satanás por destruir al pueblo de Dios. En una visión, el apóstol Juan vio a Dios el Padre darle a Jesucristo, en presencia de muchos testigos, la mayor parte del libro del Apocalipsis. Éste tenía la forma de un rollo y en él estaban las descripciones de los acontecimientos más importantes en relación con la segunda venida de Cristo. Pero estaba sellado con siete sellos y sólo Jesús fue hallado digno de romperlos y revelar el contenido del rollo (Apocalipsis 4-5).

Juan dejó en claro en Apocalipsis 1:10 que “el día del Señor” es el tema principal de estas visiones dadas por Cristo. Estas visiones quitan el velo que cubría las profecías del Antiguo Testamento con respecto al juicio de Dios sobre las naciones.

Se abren los sellos

En Apocalipsis 6, Jesús empieza a romper los siete sellos y a dar a conocer el contenido de libro. Al abrir los cuatro primeros se revelan el engaño religioso, las guerras, las hambrunas y las epidemias que conducen al tiempo del fin (Apocalipsis 6:1-8). La persecución de Satanás contra el pueblo de Dios, que se revela al abrir el quinto sello (vv.-9-11), y las señales cósmicas del sexto sello (vv.-12-16), también empiezan antes del “gran día de su ira” (v.-17), es decir, antes del Día del Señor.

Estas seis primeras secciones del rollo corresponden a las señales que Jesús describió en su profecía del monte de los Olivos, consignada en Mateo 24, Marcos 13 y Lucas 21. Jesús las llama “principio de do-

lores” (Mateo 24:8). Estas señales preceden al tiempo de la ira de Dios, que es el Día del Señor. Desde el momento en que comienzan estos sucesos y condiciones, continúan hasta el fin de ese período. A medida que se acerca el fin, la intensidad de la destrucción aumenta con rapidez debido a los efectos acumulativos.

Los pasajes correspondientes a los seis primeros sellos de Apocalipsis 6 abarcan los acontecimientos y condiciones principales que conducen al Día del Señor. El resto del Apocalipsis se concentra principalmente en lo que sucede durante el Día del Señor. En ese tiempo, el juicio de Dios caerá sobre las naciones engañadas por la gran Babilonia. Esto ocurrirá justo antes de que Cristo establezca el Reino de Dios.

Persecución, tribulación y señales cósmicas

Es importante que entendamos la relación que existe entre los sucesos correspondientes al quinto, sexto y séptimo sellos. Al abrirse el quinto sello se describe la guerra de Satanás contra el pueblo de Dios, la persecución del tiempo del fin y el martirio de muchos de aquellos que permanecen fieles a Dios: “Cuando abrió el quinto sello, vi bajo el altar las almas de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que tenían. Y clamaban a gran voz, diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra? . . . y se les dijo que descansasen todavía un poco de tiempo, hasta que se completara el número de sus consiervos y sus hermanos, *que también habían de ser muertos como ellos*” (Apocalipsis 6:9-11).

Jesús describió la persecución y el martirio de sus fieles siervos en este tiempo peligroso y sangriento: “Entonces os entregarán a tribulación, y os matarán, y seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre. Muchos tropezarán entonces, y se entregarán unos a otros, y unos a otros se aborrecerán. Y muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos; y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará. Mas el que persevera hasta el fin, éste será salvo” (Mateo 24:9-13).

Este aterrador período será un tiempo de “gran tribulación” sin paralelo en la historia: “Habrá entonces una angustia tan grande, como no la ha habido desde que el mundo es mundo ni la habrá nunca más. Si no se acortaran aquellos días, nadie escaparía con vida; pero por amor a

los elegidos se acortarán” (vv.-21-22, Nueva Biblia Española).

Luego explica lo que debe suceder en seguida: “E inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas” (v.-29).

Notemos ahora cómo esto corresponde al sexto sello del Apocalipsis: “Miré cuando abrió el sexto sello, y he aquí hubo un gran terremoto; y el sol se puso negro como tela de cilicio, y la luna se volvió toda como sangre; y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera deja caer sus higos cuando es sacudida por un fuerte viento. Y el cielo se desvaneció como un pergamino que se enrolla; y todo monte y toda isla se removió de su lugar. Y los reyes de la tierra, y los grandes, los ricos, los capitanes, los poderosos, y todo siervo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes; y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero” (Apocalipsis 6:12-16).

Al abrirse el sexto sello se anuncia el comienzo del Día del Señor: “Porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?” (v.-17). El profeta Joel confirma que el tiempo de gran tribulación y las señales cósmicas anteceden al Día del Señor: “El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día grande y espantoso del Eterno” (Joel 2:31).

El Día del Señor

El Día del Señor es el tiempo de la ira de Dios, su juicio a todos los que se hayan puesto en contra de él y de su pueblo. Es el tiempo del juicio y castigo de Dios sobre el mundo por su arrogancia y desobediencia.

Notemos lo que sucede cuando Jesús abre el siguiente sello: “Cuando abrió el séptimo sello, se hizo silencio en el cielo como por media hora. Y vi a los siete ángeles que estaban en pie ante Dios; y se les dieron siete trompetas” (Apocalipsis 8:1-2).

Este es el tiempo de retribución que se ha mencionado desde el principio de la profecía escrita (Lucas 21:22). Aun los ángeles en el cielo guardan silencio mientras Jesús abre el impresionante séptimo sello. Lo que se revela está expresado en símbolos que describen los principales acontecimientos del Día del Señor.

Siete ángeles tocan siete trompetas que anuncian los juicios y castigos del Día del Señor. Las siete trompetas representan la totalidad de la intervención de Dios en los asuntos del hombre en el tiempo del fin. Repasemos brevemente la naturaleza de los castigos de esa intervención.

Las plagas de las siete trompetas

Los castigos anunciados por las cuatro primeras trompetas causan devastación en la ecología de la tierra. En el desastre de la primera trompeta se destruye la tercera parte de los árboles; en el segundo desastre se destruye la tercera parte de la vida marina; en el tercero, la tercera parte del suministro de agua potable se torna amarga; y parece que en la catástrofe de la cuarta trompeta la atmósfera se contamina y ennegrece (Apocalipsis 8:6-12).

Aunque muchos mueren debido a estas catástrofes (v.-11), Dios se propone hacerle entender a la humanidad que la vida en el planeta existe gracias a él. Como el apóstol Pablo les dijo a los atenienses: “En él vivimos, y nos movemos, y somos” (Hechos 17:28). En el único lenguaje que todos pueden entender, Dios le recuerda al mundo que él, el Creador de la vida, también puede quitarla.

Los efectos de las tres últimas trompetas son dirigidos particularmente hacia los habitantes de la tierra, y no sólo hacia su medio ambiente: “Y miré, y oí a un ángel volar por en medio del cielo, diciendo a gran voz: ¡Ay, ay, ay, de los que moran en la tierra, a causa de los otros toques de trompeta que están para sonar los tres ángeles!” (Apocalipsis 8:13). Ahora Dios empieza a castigar directamente a la gente.

Bajo los castigos de la quinta trompeta, los hombres no son muertos sino atormentados “cinco meses; y su tormento era como tormento de escorpión cuando hiere al hombre” (Apocalipsis 9:5).

Después se le ordena “al sexto ángel que tenía la trompeta: Descata a los cuatro ángeles que están atados junto al gran río Éufrates. Y fueron desatados los cuatro ángeles que estaban preparados para la hora, día, mes y año, a fin de matar a la tercera parte de los hombres. Y el número de los ejércitos de los jinetes era doscientos millones. . .” (vv.-14-16).

Aunque estas profecías están escritas en lenguaje simbólico, el asombroso número de muertes causado por el fuego, el humo y el azufre significa que los ejércitos del mundo utilizarán finalmente sus atterado-

ras armas de destrucción masiva. Cuando Dios permita que esto suceda, entonces empezará una tremenda destrucción de la vida humana.

Esta matanza indescriptible es parte de los juicios de Dios sobre la rebelde humanidad. En poco tiempo, sus ángeles derramarán también “las siete plagas postreras” en las cuales se consumará “la ira de Dios” (Apocalipsis 15:1). Este tiempo coincide con la advertencia de Jesús de que si él no interviene, no sobrevivirá nadie (Mateo 24:22).

Un anuncio de triunfo

Finalmente, el acontecimiento más importante de todos ocurre cuando suena la séptima trompeta: “El séptimo ángel tocó la trompeta,

¿Qué es el ‘día del Señor’?

Hay quienes suponen, erróneamente, que cuando el apóstol Juan escribió que “estaba en el Espíritu en el día del Señor” (Apocalipsis 1:10), él estaba adorando en un día domingo y tuvo la visión en ese día. Pero en ninguna parte de la Biblia encontramos que la expresión “día del Señor” se refiera al primer día de la semana. Si este pasaje se estuviera refiriendo a un día de la semana, tendríamos que concluir que se trataba del séptimo día, puesto que Jesús, al referirse al sábado, dijo que él era “Señor aun del día de reposo” (Marcos 2:28), y no de algún otro día.

No obstante, el contexto de la visión muestra que Juan no estaba refiriéndose en absoluto a un día de la semana. Más bien, él escribió que la visión lo transportó al tiempo futuro que la Biblia llama en

otros pasajes el “día del Eterno”, “día grande del Eterno”, “día del Señor”, “día de nuestro Señor Jesucristo”, “día del Señor Jesús” y “día de Cristo” (Isaías 2:12; 13:6; Amós 5:18; Sofonías 1:14; Hechos 2:20; 1-Corintios 1:8; 5:5; 2-Corintios 1:14; Filipenses 1:10; 2:16; 1-Tesalonicenses 5:2; 2-Tesalonicenses 2:2; 2-Pedro 3:10).

Estos términos no se refieren a un período específico de 24 horas. Más bien, se refieren a los acontecimientos del tiempo del fin que estarán relacionados con el regreso de Jesucristo, cuando él intervendrá personal y directamente en los asuntos del mundo. Así, estos términos indican el fin de la era del gobierno humano y el comienzo del reinado de Jesucristo. Este es el tema del Apocalipsis y del Día del Señor que Juan vio en visión. □

y hubo grandes voces en el cielo, que decían: Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 11:15).

En ese tiempo Cristo destruirá “a los que destruyen la tierra” (v.-18). Esto incluye todo el sistema que se llama la gran Babilonia, cuyas raíces satánicas datan de los albores de la historia humana: “Y un ángel poderoso tomó una piedra, como una gran piedra de molino, y la arrojó en el mar, diciendo: Con el mismo ímpetu será derribada Babilonia, la gran ciudad, y nunca más será hallada” (Apocalipsis 18:21).

El apóstol Juan describe la victoria de Cristo en la batalla que se librará en el valle de Josafat en las afueras de Jerusalén: “Entonces vi [en una visión] el cielo abierto; y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea . . . Y vi a la bestia, a los reyes de la tierra y a sus ejércitos, reunidos para guerrear contra el que montaba el caballo, y contra su ejército. Y la bestia fue apresada, y con ella el falso profeta que había hecho delante de ella las señales con las cuales había engañado a los que recibieron la marca de la bestia, y habían adorado su imagen. Estos dos fueron lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre. Y los demás fueron muertos con la espada que salía de la boca del que montaba el caballo, y todas las aves se saciaron de las carnes de ellos” (Apocalipsis 19:11, 19-21; ver también Joel 3:2, 12-14).

Algo más sucederá antes de que Jesucristo inicie su reinado terrenal: Satanás será encadenado y se le quitará su dominio sobre el mundo: “Vi a un ángel que descendía del cielo, con la llave del abismo, y una gran cadena en la mano. Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años” (Apocalipsis 20:1-2).

Después de aplastar la oposición organizada, Jesús podrá empezar a traerle a la humanidad paz y justicia verdaderas. En el próximo capítulo veremos cómo describen los profetas de Dios el mundo increíble que Jesucristo construirá cuando restaure el gobierno y los caminos de Dios.

El reinado milenarismo de Jesucristo

Cuando Jesucristo regrese a la tierra, dará inicio a “los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo” (Hechos 3:21). Esos profetas les aseguraron continuamente a los pueblos de Israel y Judá que un Rey justo restauraría el gobierno de Dios en la tierra.

Los profetas revelan el sitio exacto al que regresará el Rey ungido de Dios: “Se afirmarán sus pies en aquel día sobre el monte de los Olivos, que está en frente de Jerusalén al oriente. . .” (Zacarías 14:4). Empezando con Jerusalén como su ciudad capital, extenderá su dominio sobre toda la tierra (v.-9).

Cuando el gobierno de Dios sea establecido sobre el pueblo de Israel, Cristo les pedirá a todas las naciones que envíen delegados a Jerusalén para recibir instrucción en las leyes de Dios. Los convocará a Jerusalén para que asistan a la Fiesta de los Tabernáculos, una de las siete fiestas bíblicas: “Todos los que sobrevivieren de las naciones que vinieron contra Jerusalén, subirán de año en año para adorar al Rey, al Eterno de los ejércitos, y a celebrar la fiesta de los tabernáculos” (v.-16).

No todas las naciones responderán en forma positiva. Recordemos que Satanás habrá organizado a estas mismas naciones para pelear contra Cristo a su regreso. No lo aceptarán de buena gana, aun después de que Satanás sea atado; por lo tanto, Cristo “juzgará entre las naciones, y reprenderá a muchos pueblos. . .” (Isaías 2:4). Al comienzo de su reinado, aún le será necesario adoptar medidas enérgicas para convencer a algunas naciones de que Dios no puede ser burlado (Gálatas 6:7).

¿Cómo les hará entender esto con claridad, especialmente a las naciones que rehúsen asistir a la Fiesta de los Tabernáculos? Les comunicará su mensaje en formas muy persuasivas. Simplemente les demostrará que él controla las fuerzas de la naturaleza: “Y acontecerá que los de las familias de la tierra que no subieren a Jerusalén para adorar al Rey, el Eterno de los ejércitos, no vendrá sobre ellos lluvia” (Zacarías 14:17).

Las naciones aprenderán muy pronto que su supervivencia depende de las bendiciones de Dios. El buen clima y las cosechas abundantes son bendiciones que provienen de él. De ahí en adelante, únicamente las naciones que obedezcan a Dios disfrutarán de tales bendiciones; las demás no las recibirán. Este sistema será muy convincente; con el tiempo, todas las naciones responderán de manera positiva.

Examinemos ahora algunos aspectos específicos del reinado de Jesucristo como Rey de reyes.

La recompensa de los santos

Jesús ha prometido recompensar a la gente que a lo largo de los siglos lo ha servido fielmente (Apocalipsis 11:18; 22:12). Notemos la parte que ellos tendrán en su reino: “Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años” (Apocalipsis 20:6).

Desde el principio del Milenio, los siervos fieles de Dios —entre ellos, muchos que habrán sufrido severa persecución y martirio— serán maestros y administradores en ese maravilloso mundo venidero. Ayudarán a Cristo en la labor de enseñar a las naciones los caminos de paz y justicia. Esto será el cumplimiento de la promesa que Jesús les ha hecho a sus siervos fieles: “Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono” (Apocalipsis 3:21).

El profeta Daniel predijo lo mismo: “Y que el reino, y el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, sea dado al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino eterno, y todos los dominios le servirán y obedecerán” (Daniel 7:27).

A la segunda venida de Cristo, los que hayan sido fieles siervos de Dios serán resucitados o transformados instantáneamente de carne

y hueso a espíritu inmortal; así podrán ayudarlo en la reeducación del mundo. El apóstol Pablo nos explica: “Esto digo, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción. He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad” (1-Corintios 15:50-53).

Estos seres transformados en espíritu se sentarán con Cristo en su trono y servirán con él como maestros y administradores durante su reinado milenar. (Si desea más información sobre el increíble futuro que Dios tiene planeado para la humanidad, por favor escribanos solicitando los folletos titulados *Nuestro asombroso potencial humano*, *¿Qué sucede después de la muerte?* y *El evangelio del Reino de Dios*. Para obtenerlos gratuitamente, sólo tiene que solicitarlos a cualquiera de las direcciones que aparecen al final de este folleto.)

La restauración de Israel

Hace mucho tiempo Dios prometió también: “He aquí que vienen días, dice el Eterno, en que levantaré a David renuevo justo, y reinará como Rey, el cual será dichoso, y hará juicio y justicia en la tierra. En sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado. . .” (Jeremías 23:5-6).

En los escritos proféticos, los siervos de Dios predijeron una y otra vez que todas las tribus de Israel serían restauradas como una sola nación bajo el reinado de Cristo: “Así ha dicho el Eterno el Señor: He aquí, yo tomo a los hijos de Israel de entre las naciones a las cuales fueron, y los recogeré de todas partes, y los traeré a su tierra; y los haré una nación en la tierra, en los montes de Israel, y un rey será a todos ellos por rey; y nunca más serán dos naciones, ni nunca más serán divididos en dos reinos” (Ezequiel 37:21-22).

“Y con todo, ahora así dice el Eterno Dios de Israel a esta ciudad, de la cual decís vosotros: Entregada será en mano del rey de Babilonia a espada, a hambre y a pestilencia: He aquí que yo los reuniré de todas las tierras a las cuales los eché con mi furor, y con mi enojo e indignación grande; y los haré volver a este lugar, y los haré habitar segu-

ramente; y me serán por pueblo, y yo seré a ellos por Dios. Y les daré un corazón, y un camino, para que me teman perpetuamente, para que tengan bien ellos, y sus hijos después de ellos” (Jeremías 32:36-39).

Puesto que Cristo designará a Jerusalén como capital de su gobierno, el pueblo del restaurado reino de Israel será el primero en experimentar los efectos de su reinado. Siendo su Rey, inmediatamente establecerá con ellos un vínculo estrecho: “Haré con ellos pacto de paz, pacto perpetuo será con ellos; y los estableceré y los multiplicaré, y pondré mi santuario entre ellos . . . y seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. Y sabrán las naciones que yo el Eterno santifico a Israel, estando mi santuario en medio de ellos para siempre” (Ezequiel 37:26-28).

También Israel ayudará

El pueblo de Israel desempeñará un papel muy importante en ayudar a otras naciones para que aprendan y sigan los caminos de Dios. Cuando Dios haya perdonado sus pecados, Cristo empezará a utilizar a un Israel humilde y arrepentido para promulgar el conocimiento de la ley de Dios entre las demás naciones. Con el tiempo, el mundo entero vendrá a estar bajo la administración de un código de ley unificado, la ley de Dios. Jesús se encargará de coordinar todo esto mientras reina sobre las naciones desde Jerusalén. El mundo aprenderá finalmente a obedecer la ley de Dios.

Con relación a la restauración de la nación de Israel durante el reinado milenar de Cristo, Dios dice: “He aquí que yo les traeré sanidad y medicina; y los curaré, y les revelaré abundancia de paz y de verdad. Y haré volver los cautivos de Judá y los cautivos de Israel, y los restableceré como al principio. Y los limpiaré de toda su maldad con que pecaron contra mí; y perdonaré todos sus pecados . . . Y [Jerusalén] me será a mí por nombre de gozo, de alabanza y de gloria, entre todas las naciones de la tierra, que habrán oído todo el bien que yo les hago; y temerán y temblarán de todo el bien y de toda la paz que yo les haré” (Jeremías 33:6-9).

A medida que el pueblo de Israel aprenda a seguir los caminos de Dios, su ejemplo inspirará a otras naciones a buscar a Dios y a que deseen cosechar las mismas bendiciones: “Vendrán muchos pueblos y fuertes naciones a buscar al Eterno de los ejércitos en Jerusalén, y a implorar el favor del Eterno . . . En aquellos días acontecerá que diez

hombres de las naciones de toda lengua tomarán del manto a un judío, diciendo: Iremos con vosotros, porque hemos oído que Dios está con vosotros” (Zacarías 8:22-23).

Las naciones verán que obedecer la ley de Dios definitivamente trae bendiciones. Vendrán a Jerusalén para aprender cómo pueden aplicarla en sus propios territorios: “Vendrán muchas naciones, y dirán: Venid, y subamos al monte del Eterno, y a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará en sus caminos, y andaremos por sus veredas; porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Eterno” (Miqueas 4:2). Finalmente “la tierra será llena del conocimiento del Eterno, como las aguas cubren el mar” (Isaías 11:9).

El fruto del conocimiento correcto

Con Jesucristo como Rey, Jerusalén será el centro de aprendizaje para el mundo. La Palabra de Dios, la Biblia, será el fundamento sólido de la educación y de la producción de información y conocimiento.

“Así será mi palabra que sale de mi boca . . . será prosperada en aquello para que la envié. Porque con alegría saldréis, y con paz seréis vueltos; los montes y los collados levantarán canción delante de vosotros, y todos los árboles del campo darán palmadas de aplauso. En lugar de la zarza crecerá ciprés, y en lugar de la ortiga crecerá arrayán; y será al Eterno por nombre, por señal eterna que nunca será raída” (Isaías 55:11-13).

La prosperidad aumentará y el crimen y la corrupción cesarán: “En vez de bronce traeré oro, y por hierro plata, y por madera bronce, y en lugar de piedras hierro; y pondré paz por tu tributo, y justicia por tus opresores. Nunca más se oirá en tu tierra violencia, destrucción ni quebrantamiento en tu territorio. . .” (Isaías 60:17-18).

No obstante, para que haya armonía, colaboración y paz duraderas, el conocimiento por sí solo no es suficiente. Se necesita también un cambio espiritual. Será ese cambio espiritual en el pueblo de Israel lo que inspirará a las otras naciones a admirar su modo de vivir y a querer emularlo: “. . . Oh casa de Israel . . . por causa de mi santo nombre . . . yo os tomaré de las naciones, y os recogeré de todas las tierras, y os traeré a vuestro país. Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro

de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra” (Ezequiel 36:22-27).

La restauración espiritual de la humanidad es la transformación más importante que va a ocurrir durante el Milenio. El Espíritu de Dios capacitará a la gente para obedecerlo de manera voluntaria y entusiasta: “Este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Eterno: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo” (Jeremías 31:33; Hebreos 8:10).

El Espíritu de Dios operará un cambio prodigioso en las personas, que en su gran mayoría obedecerán la ley de Dios, serán honradas y disfrutarán de una sociedad estable: “Restauraré tus jueces como al principio, y tus consejeros como eran antes; entonces te llamarán Ciudad de justicia, Ciudad fiel” (Isaías 1:26).

Los cambios serán permanentes: “Tu pueblo, todos ellos serán justos, para siempre heredarán la tierra . . . para glorificarme. El pequeño vendrá a ser mil, el menor, un pueblo fuerte. Yo el Eterno, a su tiempo haré que esto sea cumplido pronto” (Isaías 60:21-22).

Cada nueva generación continuará con esta tradición de justicia: “Todos tus hijos serán enseñados por el Eterno; y se multiplicará la paz de tus hijos” (Isaías 54:13). En todo el mundo, la gente se fijará en el ejemplo de Israel y lo respetará: “La descendencia de ellos será conocida entre las naciones, y sus renuevos en medio de los pueblos; todos los que los vieren, reconocerán que son linaje bendito del Eterno” (Isaías 61:9).

Se derrumbarán las barreras

A medida que la gente de otras naciones vea lo que sucede en Jerusalén y sus alrededores, ellos también querrán servir al Dios viviente: “A los hijos de los extranjeros que sigan al Eterno para servirle, y que amen el nombre del Eterno para ser sus siervos; a todos los que guarden el día de reposo para no profanarlo, y abracen mi pacto, yo los llevaré a mi santo monte, y los recrearé en mi casa de oración . . . porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos” (Isaías 56:6-7).

Finalmente, se derrumbarán las barreras entre Israel y las demás

naciones. Esto ocurrirá porque con el tiempo todos llegarán a entender la verdad que está consignada en Gálatas 3:28: “Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús”.

Bendiciones físicas

A medida que todos empiecen a obedecer la ley de Dios y a seguir sus caminos justos y buenos, empezarán a experimentar una prosperidad material sin precedentes: “He aquí vienen días, dice el Eterno, en que el que ara alcanzará al segador, y el pisador de las uvas al que lleve la simiente; y los montes destilarán mosto, y todos los collados se derretirán . . . y edificarán ellos las ciudades asoladas, y las habitarán; plantarán viñas, y beberán el vino de ellas, y harán huertos, y comerán el fruto de ellos” (Amós 9:13-14).

Isaías compara este tiempo a una fiesta perpetua con lo mejor de todo: “El Eterno de los ejércitos hará en este monte a todos los pueblos banquete de manjares suculentos, banquete de vinos refinados, de gruesos tuétanos y de vinos purificados” (Isaías 25:6).

Notemos esta inspiradora descripción de las bendiciones que vendrán en el maravilloso mundo del mañana: “Edificarán casas, y morarán en ellas; plantarán viñas, y comerán el fruto de ellas. No edificarán para que otro habite, ni plantarán para que otro coma; porque según los días de los árboles serán los días de mi pueblo, y mis escogidos disfrutarán la obra de sus manos. No trabajarán en vano, ni darán a luz para maldición; porque son linaje de los benditos del Eterno, y sus descendientes con ellos. Y antes que clamen, responderé yo; mientras aún hablan, yo habré oído. El lobo y el cordero serán apacentados juntos, y el león comerá paja como el buey; y el polvo será el alimento de la serpiente. No afligirán, ni harán mal en todo mi santo monte, dijo el Eterno” (Isaías 65:21-25).

Este cuadro de cómo será el mundo bajo el reinado de Cristo no es una ilusión sino la promesa de una realidad venidera. Jesús regresará a la tierra para transformar espiritualmente a la gente y establecer la utopía, un verdadero paraíso. Los efectos de quitar la influencia de Satanás, de darle a la humanidad el Espíritu Santo y de enseñarle al mundo las leyes y los caminos de Dios, serán mil años de paz y una sociedad bendecida más allá de sus sueños más fantásticos.

Pero, por increíble que parezca, la profecía revela que habrá una época futura que será aún más asombrosa.

Más allá del Milenio

Hemos visto que después de su regreso a la tierra, Jesucristo transformará al mundo con la ayuda de sus fieles siervos ya convertidos en seres espirituales. Pero aun después de este reinado de mil años de paz y prosperidad, quedará mucho trabajo importante por realizar.

Jesús habló de un tiempo en que la gente de todas las naciones se reunirá ante él. ¿Para qué? Para que él pueda apartar “los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos” (Mateo 25:32).

Notemos la naturaleza y el resultado de esta separación: “Pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo . . . Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles . . . E irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna” (vv.-33-34, 41, 46).

¿Cómo sucederá esto? ¿Quiénes tendrán parte en este juicio? Notemos cómo llevará a cabo Jesús la separación de los malos y los justos. Al principio de su reinado él empezará a juzgar entre las naciones, enseñándoles a volverse de la maldad a la justicia (Isaías 2:4).

Satanás será desatado por un poco de tiempo

La Escritura nos dice también que al principio del reinado de Cristo un ángel prenderá “al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo [atará] . . . hasta que [sean] cumplidos mil años”. Sin embargo, este no es el final del papel de Satanás en los asuntos humanos, porque “después de esto debe ser desatado por un poco de tiempo” (Apocalipsis 20:2-3).

Veamos lo que sucederá al final del Milenio: “Cuando los mil años se cumplan, Satanás será suelto de su prisión, y saldrá a engañar a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, a fin de reunirlos para la batalla; el número de los cuales es como la arena del mar. Y subieron sobre la anchura de la tierra, y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada; y de Dios descendió fuego del cielo, y los consumió. Y el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre. . .” (vv.-7-10).

¿Por qué Dios va a soltar a Satanás para que seduzca de nuevo a la gente después de los mil años del maravilloso reinado de Jesucristo? Aunque no se da ninguna explicación específica, parece ser evidente que hay una razón lógica para este giro de acontecimientos.

Durante el Milenio la humanidad tendrá la posibilidad de escoger un solo camino de vida, el que Cristo les va a enseñar. Muchas generaciones vivirán sin haber sido expuestas jamás a ningún otro modo de vida. No obstante, desde el principio Dios siempre les ha permitido a los seres humanos escoger entre el bien y el mal (Deuteronomio 30:19). Sería un error creer que ninguna persona nacida durante el Milenio jamás escogería los caminos de Satanás si tuviera la oportunidad de hacerlo.

Por los acontecimientos descritos en Apocalipsis 20 podemos ver que Dios permitirá que muchas personas que vivan durante esa era tengan la posibilidad de escoger. También es razonable creer que algunas de ellas responderán a la intriga de Satanás y optarán por seguir sus caminos de egoísmo y rebelión por encima de los caminos de Dios de amor y colaboración.

El número de personas que tomará esta decisión será suficiente para formar un gran ejército: “Subieron sobre la anchura de la tierra, y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada; y de Dios descendió fuego del cielo, y los consumió” (Apocalipsis 20:9).

Dios siempre ha probado a su pueblo para ver qué hay en sus corazones (Deuteronomio 8:2; 1-Tesalonicenses 2:4; Hebreos 11:17). No debemos suponer que los que vivan durante el Milenio no van a ser probados. Sin duda, todos los que vivan durante ese período tendrán alguna forma de probar si serán fieles a Dios y sus caminos. Sin embargo, el único ejemplo que nos ha sido revelado es que al final de ese período Dios soltará a Satanás por un poco de tiempo.

Una vez que esta prueba haya terminado, Satanás nunca más podrá engañar a nadie.

Una gran resurrección general

Luego empezará el juicio más grande de todos. Como leímos antes, al regreso de Cristo serán resucitados únicamente sus siervos fieles. La profecía revela que “los otros muertos no [volverán] a vivir hasta que se [cumplan] mil años” (Apocalipsis 20:5). Esto quiere decir que después del Milenio ¡habrá otra resurrección!

La magnitud de este acontecimiento es difícil de expresar, y su significado es verdaderamente maravilloso. ¿Qué sucederá con los miles de millones de personas que vivieron alguna vez pero no tuvieron la oportunidad de recibir la salvación?

En este tiempo de juicio, a todos aquellos que vivieron desde el tiempo de Adán hasta la segunda venida de Cristo y que no heredaron la vida eterna en la primera resurrección, se les dará la misma oportunidad de salvación que les fue dada a unos cuantos de sus contemporáneos y a todos los que vivieron durante el Milenio. ¡Todos ellos serán resucitados y *por primera vez* tendrán la maravillosa oportunidad de conocer a Dios!

Primeramente, notemos la descripción de esta resurrección: “Vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él. . .” (v.-11).

Entonces el apóstol Juan ve una asombrosa visión: “Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras” (v.-12).

Esta es la resurrección de “los otros muertos” mencionados en el versículo 5. En su visión Juan los ve de pie ante el trono de Dios.

¿Qué significa esto? Debemos dejar que la Biblia se explique a sí misma. Pero primero necesitamos entender la implicación de ciertas palabras y expresiones cruciales.

La palabra *juicio* no implica necesariamente una sentencia de muerte; se puede referir también a una absolción, la determinación de que una persona no debe ser castigada. El juicio es simplemente un proceso para decidir quién ha de recibir un castigo y quién ha de recibir una recompensa. El juicio descrito en Apocalipsis 20 es precisamente

eso: una separación de los malos y los justos. Algunos serán castigados, pero muchos más tendrán la bendición de que sus nombres sean escritos en el libro de la vida.

¿Cuál es el criterio para este juicio? Existen dos factores. Estas personas son juzgadas “por las cosas que estaban escritas en los libros” y “según sus obras” (v.-12). La palabra *libros* en este contexto se refiere a los libros de las Sagradas Escrituras, la Biblia. Las personas que vuelven a la vida en esta resurrección son juzgadas de acuerdo con el criterio bíblico de justicia.

Ahora bien, ¿cuáles de sus obras deben ser juzgadas? Es importante entender esto.

La razón por la que estas personas no resucitan en la primera resurrección es porque no están entre las primicias, que son los primeros en ser llamados y juzgados dignos de recibir la vida eterna en esa primera resurrección. Dios decidió no llamarlos a salvación en la era presente del hombre. Es importante tener en cuenta que el apóstol Pedro dijo que el don del Espíritu Santo (y por ende la salvación) estaría disponible “para cuantos el Señor nuestro Dios llamare” (Hechos 2:39; ver también Juan 6:44). Si bien este es el tiempo de salvación para los que Dios ha llamado (2-Corintios 6:2), no es el *único* tiempo en el que los seres humanos puedan recibir la salvación.

En la mayoría de los casos, las obras pasadas de estas personas contarán en su contra. Pero en otros pasajes de la Biblia se explica que ellos no serán juzgados sólo con base en su comportamiento pasado. Cuando resuciten, se les dará la oportunidad y el tiempo necesario para *arrepentirse* de su modo de vida pecaminoso y demostrar su buena disposición de obedecer a Dios. Al fin y al cabo, en su gran mayoría estos miles de millones de hombres, mujeres y niños resucitados nunca antes habrán conocido al Dios verdadero ni habrán oído de Jesucristo y la Biblia.

La resurrección a juicio

Jesús declaró que los de su generación resucitarían junto con la gente de otras épocas y otras naciones: “La reina del Sur se levantará en el juicio *con esta generación*, y la condenará; porque ella vino de los fines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón, y he aquí más que Salomón en este lugar” (Mateo 12:42).

Notemos lo que Jesús dijo: que “la reina del Sur” —mejor conocida como la reina de Sabá, quien vivió casi mil años antes, en el tiempo de Salomón— ¡será resucitada con aquellos que escucharon la predicación de Jesús en su día!

“Y tú, Capernaum . . . si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en ti, habría permanecido hasta el día de hoy. Por tanto os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma, que para ti” (Mateo 11:23-24). Aquí Jesús dice que aquellos que vivieron en Sodoma —que fueron destruidos por su notoria depravación casi 2.000 años antes— estarán más dispuestos a reconocer y obedecer a Dios “en el día del juicio” que los propios contemporáneos de Jesús.

Este será un tiempo verdaderamente extraordinario, cuando gentes de todas las épocas y naciones serán resucitadas y tendrán la oportunidad, por vez primera, de aprender la verdad de Dios. Al contrario de la creencia religiosa común de que la gente que nunca oyó hablar de Cristo va al infierno o al purgatorio al morir, la Biblia revela que *todos* tendrán su oportunidad para decidir por sí mismos si quieren o no aprender los caminos de Dios, arrepentirse de sus pecados y recibir el don divino de la vida eterna.

Detalles de esta gran resurrección

¿Qué sucederá cuando todas estas multitudes vuelvan a la vida para participar en este período de juicio? El profeta Ezequiel nos da la respuesta. En una visión, él ve un enorme valle lleno de huesos secos, los restos de muchas personas muertas desde hace largo tiempo (Ezequiel 37:1-2). Se le dice lo siguiente: “Hijo de hombre, todos estos huesos son la casa de Israel. He aquí, ellos dicen: Nuestros huesos se secaron, y pereció nuestra esperanza, y somos del todo destruidos” (v.-11).

Como la mayoría de las personas, ellos probablemente creyeron que cuando un pecador muere, pierde toda esperanza. Por medio de la asombrosa visión de Ezequiel, Dios corrige este concepto falso.

He aquí lo que Dios revela con respecto a este enorme número de personas que murió sin haberse arrepentido: “He aquí yo abro vuestros sepulcros, pueblo mío, y os haré subir de vuestras sepulturas, y os traeré a la tierra de Israel. Y sabréis que yo soy el Eterno, cuando abra vuestros sepulcros, y os saque de vuestras sepulturas, pueblo mío. Y pondré

mi Espíritu en vosotros, y viviréis, y . . . sabréis que yo el Eterno hablé, y lo hice, dice el Eterno” (vv.-12-14).

Dios resucitará a estas multitudes, no con el propósito de condenarlas o destruirlas, sino para que *vivan* y puedan recibir su Espíritu y heredar la vida eterna. Recordemos que “Dios nuestro Salvador . . . quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1-Timoteo 2:3-4).

Esta resurrección hará posible que se cumpla el ferviente deseo de Dios. Abrirá la puerta de tal modo que toda la gente que haya vivido alguna vez tenga la oportunidad de aprender la verdad y de arrepentirse, para poder recibir el Espíritu de Dios y ser salvos. Esto significa que ese juicio se llevará a cabo durante un período lo suficientemente largo como para permitir que los resucitados aprendan los caminos de Dios y cambien su modo de vivir, un tiempo suficiente para que muestren frutos del arrepentimiento y confirmen su fidelidad a Dios.

Desde luego, Dios es paciente; también es misericordioso. Es por eso que el apóstol Pedro nos dice: “El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2-Pedro 3:9). Según su plan maestro de salvación, Dios ha programado un tiempo y una oportunidad de arrepentimiento para todos.

El juicio de Dios es completo

Cualquier tiempo de juicio implica la necesidad de examinar y de tomar decisiones. En este período de juicio, Dios apartará los inicuos de los justos y destruirá a los inicuos para siempre: “. . . fueron juzgados cada uno según sus obras. Y la muerte y el Hades [el sepulcro] fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego” (Apocalipsis 20:13-15).

A diferencia de aquellos que son resucitados a la inmortalidad en la primera resurrección (v.-6; 1-Corintios 15:50-53), las personas que participan en esta resurrección están compuestas de carne y hueso (Ezequiel 37:4-10). Son mortales y reciben vida temporal para que tengan la oportunidad de aprender, arrepentirse y escoger el camino de vida de Dios. Tienen la posibilidad de sufrir “la muerte segunda”, y algunos

todavía rehusarán arrepentirse y someterse a Dios.

Veamos quiénes, según la inspirada Palabra de Dios, sufrirán la segunda muerte en el lago de fuego: “Los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda” (Apocalipsis 21:8).

La segunda muerte será destrucción completa, de la cual no habrá resurrección. Como Jesús mismo explicó, todos los que no se arrepientan perecerán (Lucas 13:2-5). El profeta Malaquías explica lo que sucederá en esta destrucción: “He aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho el Eterno de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama” (Malaquías 4:1).

Aun en esto, Dios es misericordioso. En lugar de permitir que algunos continúen viviendo una vida de pecado y rebelión, que únicamente les traería sufrimiento y angustia a sí mismos y a otros, Dios simplemente eliminará toda fuente posible de sufrimiento. Aquellos que se nieguen a arrepentirse y a escoger la vida eterna, serán destruidos completamente, reducidos a cenizas (v.-3). Este es un destino mucho más misericordioso y amoroso que el representado por el concepto común, pero erróneo, según el cual los impenitentes son atormentados eternamente en las llamas del infierno. (Si a usted le interesa saber más acerca de esta verdad bíblica, por favor solicítenos el folleto titulado *¿Qué sucede después de la muerte?*)

Cielo nuevo y tierra nueva

Pero la visión del apóstol Juan no termina con el lago de fuego: “Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron. . .” (Apocalipsis 21:1). Los dos últimos capítulos del Apocalipsis nos presentan la visión que tuvo Juan de una maravillosa renovación del cielo y de la tierra. Se nos dice que en la tierra nueva “el mar ya no existía más” (mismo versículo); es decir, que en la tierra nueva ya no habrá necesidad de los océanos, tan indispensables ahora para la supervivencia de la vida física.

¿Quiénes heredarán este cielo nuevo y tierra nueva? Juan cita la respuesta que Dios nos da: “El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo” (v.-7).

Estos hijos de Dios serán “herederos de Dios y coherederos con Cristo” (Romanos 8:17); serán semejantes a Jesucristo (1-Juan 3:1-2) y heredarán con él ese cielo nuevo y esa tierra nueva.

Como explica el apóstol Pablo, “las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” cuando heredemos “todas las cosas” (Romanos 8:18; Apocalipsis 21:7).

Esta herencia prometida viene a ser posible por medio de Jesucristo, “por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten”, quien desempeña el papel central de “llevar muchos hijos a la gloria” (Hebreos 2:10).

Pablo comenta sobre la gloria que podemos heredar: “Una es la gloria del sol, otra la gloria de la luna, y otra la gloria de las estrellas, pues una estrella es diferente de otra en gloria. Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Se siembra en deshonra, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder. Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual. . .” (1-Corintios 15:41-44).

Los pobladores del cielo nuevo y la tierra nueva serán los hijos de Dios, quienes habrán sido transformados milagrosamente en seres inmortales compuestos de espíritu (vv.-51-54).

La familia eterna de Dios

La siguiente cosa que el apóstol Juan ve en su visión es una ciudad, la nueva Jerusalén, que desciende del cielo como una dádiva de Dios. La ciudad se describe como “una esposa ataviada para su marido” (Apocalipsis 21:2), descripción que hace hincapié en la relación de sus habitantes. Representa el grupo familiar o la comunidad de los hijos de Dios. El esposo, o prometido, es Jesús (Mateo 25:1), que es “el primogénito entre muchos hermanos” (Romanos 8:29).

Dios mismo habita entre ellos: “Oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios” (Apocalipsis 21:3). Esta comunidad es la familia de Dios.

Los residentes de esta ciudad son el verdadero “Israel de Dios” (Gálatas 6:16). La nueva Jerusalén tiene “un muro grande y alto con doce puertas; y en las puertas, doce ángeles, y nombres inscritos, que

son los de las doce tribus de los hijos de Israel” (Apocalipsis 21:12). En otras palabras, ellos son los descendientes espirituales de Abraham, “y herederos según la promesa” (Gálatas 3:29; ver también Romanos 4:11-12). Porque “por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia . . . Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa; porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios” (Hebreos 11:8-10).

Las enormes dimensiones de la ciudad nos hacen ver el impresionante éxito que Jesucristo tendrá en traer al arrepentimiento y a la salvación a la gran mayoría de las personas que han vivido a lo largo de la historia. “La ciudad se halla establecida en cuadro, y su longitud es igual a su anchura; y él midió la ciudad con la caña, doce mil estadios [2.500 kilómetros]; la longitud, la altura y la anchura de ella son iguales” (Apocalipsis 21:16).

Dios nos revela que el número de personas que se van a arrepentir y van a recibir la vida eterna será como la arena del mar y las estrellas del cielo: más allá de la capacidad natural de cualquier ser humano para contarlas. Esta es la bendición que Dios le prometió a Abraham (Génesis 22:17).

La visión que el apóstol Juan tuvo de esta majestuosa ciudad nos permite visualizar la magnitud de la familia que Dios está creando. Dios morará en medio de esta ciudad con sus hijos inmortales.

Otro huerto del Edén

El relato bíblico acerca del hombre empieza en un huerto en Edén, en la confluencia de cuatro ríos. Dios puso el árbol de vida en medio del huerto, y también el árbol de la ciencia del bien y del mal (Génesis 2:8-15). Satanás, el archiengañador, persuadió primero a Eva a pecar, y después Adán se unió a ella y pecó también. En su rebelión contra el mandamiento de Dios, Adán y Eva decidieron tomar del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, una mezcla mortal que le ha traído sufrimiento y angustia a la humanidad desde entonces (Génesis 3:1-6).

El capítulo final del relato de los designios de Dios termina con una descripción de otro huerto, el cual circunda el trono de Dios, del cual fluye un río de “agua de vida”. “Después me mostró un río limpio de

agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida. . .” (Apocalipsis 22:1-2).

Los frutos en este paraíso son buenos: “No habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán” (v.-3).

Podemos conocer el futuro

Al principio de este folleto planteamos una pregunta: ¿Acaso tenemos que permanecer ignorantes acerca de lo que nos depara el futuro? Ahora podemos ver que Dios nos da un cuadro claro de nuestro potencial como seres hechos a su imagen. Pero la decisión es nuestra. Debemos decidir si vamos a dejar los caminos de Satanás y del presente mundo malo (representados en el huerto del Edén por el árbol de la ciencia del bien y del mal), para volvernos a los caminos justos de Dios (representados por el árbol de la vida).

Prestemos atención a las palabras con las que Jesús termina la visión del cielo nuevo y la tierra nueva: “Estas palabras son fieles y verdaderas . . . ¡He aquí, vengo pronto! Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro” (Apocalipsis 22:6-7). □

La historia confirma la exactitud de la profecía bíblica

¿Podemos creerle a la profecía bíblica? La historia de los reinos de Israel y Judá es un poderoso testimonio de la exactitud y precisión de la profecía bíblica. Consideremos, por ejemplo, las profecías de Dios respecto a cuál sería el destino de Israel en caso de que los israelitas se rebelaran contra él.

La historia comienza con la división de Israel en dos reinos, Israel y Judá, en el año 928 a.C., poco después de la muerte de Salomón. Casi de inmediato Jeroboam, rey de Israel (928-907), instituyó la idolatría como parte del culto religioso de su reino (1-Reyes 12:26-33). Esto fue motivo de enojo para Dios, ya que debido precisamente a la idolatría de Salomón, él había escogido a Jeroboam para dirigir el reino de Israel (1-Reyes 11:30-33).

Dios advirtió a la esposa de Jeroboam sobre las consecuencias de la idolatría de su esposo y del reino: “El Eterno sacudirá a Israel . . . y él arrancará a Israel de esta buena tierra que había dado a sus padres, y los esparcirá más allá del [río] Éufrates, por cuanto han hecho sus imágenes de Asera, enojando al Eterno” (1-Reyes 14:15).

Por medio de sus profetas, Dios continuó advirtiéndoles a los israelitas acerca de los castigos que les vendrían si no se volvían de sus caminos de pecado. Con gran paciencia y misericordia, él esperó un arrepentimiento que nunca llegó.

Uno de estos profetas fue Miqueas (hacia 749-722), autor del libro bíblico que lleva su nombre. “Palabra del Eterno que vino a Miqueas . . . lo que vio sobre Samaria [capital de Israel] y Jerusalén [capital de Judá]. Oíd, pueblos todos; está atenta, tierra, y cuanto hay en ti; y el Eterno el Señor, el Señor desde su santo templo, sea testigo contra vosotros . . . Haré, pues, de Samaria montones de ruinas, y tierra para plantar viñas; y derramaré sus piedras por el valle, y descubriré sus cimientos” (Miqueas 1:1-2, 6).

Finalmente, después de sucesivas invasiones, el Imperio Asirio devastó a Israel y tomó cautiva a la mayor parte de su población (722 a.C.). “El rey de Asiria invadió todo el país, y sitió a Samaria, y estuvo sobre ella tres años. En el año nueve de Oseas, el rey de Asiria tomó Samaria, y llevó a Israel cautivo a Asiria . . . Porque los hijos de Israel pecaron contra el Eterno su Dios . . . Y desecharon sus estatutos, y el pacto que él había hecho con sus padres, y los testimonios que él había prescrito a ellos; y siguieron la vanidad, y se hicieron vanos, y fueron en pos de las naciones que estaban alrededor de ellos, de las cuales el Eterno les había mandado que no hiciesen a la manera de ellas” (2-Reyes 17:5-7, 15).

Como hemos citado anteriormente, Dios había profetizado casi 200 años antes que él arrancararía a Israel de su tierra y los esparciría más allá del río Éufrates. Este y muchos otros detalles de las profecías y los relatos históricos sobre las invasiones asirias y el cautiverio israelita son confirmados por los anales asirios y otros hallazgos arqueológicos.

Judá no aprendió la lección

Aun después de haber visto la caída de sus primos del norte en el reino de Israel, los ciudadanos del reino de Judá también cayeron en la idolatría y desobediencia. Dios envió profetas para advertirles del destino que les aguardaba si no se arrepentían.

Por medio del profeta Jeremías (hacia 626-587), Dios hizo una profecía asombrosa sobre el futuro de Judá: “Envío el Eterno a vosotros todos sus siervos los profetas, enviándoos desde temprano y sin cesar; pero no oísteis, ni inclinasteis vuestro oído para escuchar cuando decían: Volveos ahora de vuestro mal camino y de la maldad de vuestras obras, y moraréis en la tierra que os dio el Eterno a vosotros y a vuestros padres para siempre; y no vayáis en pos de dioses ajenos, sirviéndoos y adorándoos, ni me provoquéis a ira con la obra de vuestras manos; y

no os haré mal. Pero no me habéis oído . . . Por cuanto no habéis oído mis palabras, he aquí enviaré y tomaré a todas las tribus del norte, dice el Eterno, y a Nabucodonosor rey de Babilonia, mi siervo, y los traeré contra esta tierra y contra sus moradores, y contra todas estas naciones en derredor; y los destruiré . . . Toda esta tierra será puesta en ruinas y en espanto; y servirán estas naciones al rey de Babilonia setenta años. Y cuando sean cumplidos los setenta años, castigaré al rey de Babilonia y a aquella nación por su maldad, ha dicho el Eterno, y a la tierra de los caldeos; y la convertiré en desiertos para siempre” (Jeremías 25:4-12).

Dios advirtió que Judá caería ante los babilonios e iría en cautiverio a Babilonia por 70 años. Al final de los 70 años, Dios castigaría a Babilonia. En otra profecía sorprendente, Dios reveló por medio de Isaías el nombre del gobernante —Ciro, rey de Persia— quien, en el futuro lejano, permitiría el regreso de los judíos (Isaías 44:28; 45:1-4).

La profecía de Jeremías se cumplió. Después de las invasiones en los años 597 y 587, Judá cayó ante los babilonios: Dios “trajo contra ellos al rey de los caldeos, que mató a espada a sus jóvenes en la casa de su santuario, sin perdonar . . . todos los entregó en sus manos . . . Y quemaron la casa de Dios, y rompieron el muro de Jerusalén, y consumieron a fuego todos sus palacios, y destruyeron todos sus objetos deseables. Los que escaparon de la espada fueron llevados cautivos a Babilonia, y fueron siervos de él y de sus hijos, hasta que vino el reino de los persas; para que se cumpliera la palabra del Eterno por boca de Jeremías. . .” (2-Crónicas 36:17-21).

Dios cumple su promesa de restauración

Pasaron los 70 años del exilio. En Daniel 5 se nos dice que el rey Belsasar de Babilonia hizo un gran banquete en el cual él y sus invitados bebieron vino en los vasos de oro que Nabucodonosor había traído del templo en Jerusalén muchos años antes. El rey vio aparecer los dedos de una mano de hombre, que escribía en la pared un mensaje misterioso. Entonces “el rey palideció, y sus pensamientos lo turbaron, y se debilitaron sus lomos, y sus rodillas daban la una contra la otra” (v.-6).

El profeta Daniel reveló que esta escritura en la pared predecía el final del Imperio Caldeo por decreto divino. Daniel le dijo al rey: “Tu reino ha sido roto, y dado a los medos y a los persas . . . La misma noche fue muerto Belsasar rey de los caldeos” (vv.-28, 30).

Un siglo después, el historiador griego Herodoto (484-420 a.C.) confirmó el relato de Daniel sobre la caída de Babilonia: “Valiéndose de un canal, los persas desviaron el río [Éufrates] a la laguna, que hasta ahora era un pantano, y así, al bajar el río, él [Ciro] hizo vadeable el antiguo cauce. Cuando esto se logró, los persas que estaban apostados para ello penetraron en Babilonia por el cauce del Éufrates, cuyo nivel había bajado más o menos hasta la mitad del muslo de un hombre . . . Así entraron los persas en la ciudad . . . y debido a la gran extensión de la ciudad y al hecho de que estaban celebrando un festival, los que vivían en el centro de Babilonia no se dieron cuenta de la presencia de los enemigos. Continuaron bailando e intercambiando regalos hasta que de repente se les informó su triste destino. Así se conquistó Babilonia” (*Historia*, libro 1, párrafos 191-192).

La predicción de Daniel acerca de la caída de Babilonia, junto con las de otros profetas de Dios, se cumplió repentina y dramáticamente.

La profecía de Jeremías acerca del cautiverio de 70 años y la profecía de Isaías de que Cyrus les permitiría a los judíos regresar a Jerusalén para reconstruir el templo destruido por Nabucodonosor, también fueron cumplidas al pie de la letra. Los libros de Esdras y Nehemías contienen la historia de la repatriación de los judíos.

El significado que la profecía cumplida tiene para nosotros

Una serie de asombrosas profecías que abarcaron cientos de años, cinco reinos y muchos profetas y gobernantes, se cumplió de manera precisa. Cuando Dios predijo la caída de Judá a manos de los babilonios, le dijo a Isaías: “. . .yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero . . . Yo hablé, y lo haré venir; lo he pensado, y también lo haré” (Isaías 46:9-11).

Sólo Dios tiene el poder de profetizar los acontecimientos y hacer que sucedan. Él aún hará que se cumplan todas las profecías que están consignadas en su Palabra inspirada. Si usted desea recibir más información acerca de la veracidad de las Sagradas Escrituras, por favor solicítenos el folleto titulado *¿Se puede confiar en la Biblia?*

La futura ‘abominación desoladora’

La profecía que Jesús pronunció en el monte de los Olivos y que aparece en Mateo 24, Marcos 13 y Lucas 21 es una de las profecías bíblicas más conocidas. En ella Jesús nos advierte acerca de terribles acontecimientos futuros, sin paralelo en la historia. A los habitantes de Judea les advierte que huyan cuando vean “la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel” (Mateo 24:15).

¿Qué es la abominación desoladora? ¿Acaso esta profecía era sólo para la gente en el tiempo de Daniel o de Jesús, o es una advertencia para nosotros sobre algo que aún está por suceder?

La abominación desoladora en el libro de Daniel

Cuando Jesús habló acerca de la abominación desoladora se estaba refiriendo a Daniel 11:31 y 12:11. Dios le reveló a Daniel que habrá un “tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces” (Daniel 12:1). Luego, en el versículo 11 vemos que también se le reveló que la abominación está relacionada con la suspensión del sacrificio diario.

Una clave para entender esta profecía es el principio de la *dualidad*. Algunas profecías pueden tener más de un cumplimiento; esto quiere decir que una profecía puede cumplirse parcialmente en cierta época y más adelante cumplirse en su totalidad. Para entender las palabras de Jesús acerca de la abominación desoladora debemos analizar tres cumplimientos: dos que han ocurrido ya y uno que está por suceder en el futuro.

Cuando Nabucodonosor, rey de Babilonia, invadió el reino de Judá en 606 a.C., se llevó algunos de los jóvenes judíos más talentosos y preparados para que le sirvieran en su corte. Entre ellos estaba Daniel, quien escribió el libro que lleva su nombre alrededor del año 535 a.C.

En el capítulo 8 del libro de Daniel podemos leer una profecía muy detallada acerca de algunos acontecimientos que afectarían y aún afectarían a Jerusalén y Judá. El profeta tuvo la visión de un carnero que vencía a toda bestia que se le oponía (vv.-1-4). Luego, en los versículos 5-7 leemos que un macho cabrío con un “cuerno notable” destruyó al carnero. El macho cabrío se engrandeció, pero su gran cuerno fue quebrado y en su lugar salieron otros cuatro cuernos (v.-8). De uno de esos cuatro cuernos salió un cuerno pequeño que creció mucho e invadió “la tierra gloriosa” y estableció “la prevaricación asoladora” (vv.-9-14).

Un poco más adelante leemos que Dios envió al ángel Gabriel para que le revelara a Daniel el significado de la visión. El carnero representa el reino de Media y Persia, y el macho cabrío el reino de Grecia. El gran cuerno del macho cabrío simboliza el primer rey griego, quien habría de preceder a otros cuatro reyes (vv.-15-22). Esta es una extraordinaria profecía de varios acontecimientos que ocurrieron muchos años después de la muerte de Daniel.

Bajo el mando de Alejandro Magno, los griegos derrotaron al Imperio Persa en el año 331 a.C. Cuando murió Alejandro, en el año 323 a.C., su imperio se dividió entre cuatro de sus generales:

- Tolomeo gobernó Egipto, parte de Siria y Judea.
- Seleuco gobernó la otra parte de Siria, Babilonia y la zona oriental hasta la India.
- Lisímaco gobernó Asia Menor.
- Casandro gobernó Grecia y Macedonia.

Según los historiadores, los cuatro reinos que surgieron del imperio de Alejandro se unieron en dos coaliciones: el reino del norte, gobernado por los seléucidas, y el reino del sur, gobernado por los tolomeos.

De acuerdo con la visión de Daniel, después de estos cuatro reyes vendría un “cuerno pequeño”, el cual habría de quitar el sacrificio diario del templo (v.-11). Desde luego, cuando Daniel escribió esta profecía ya no existía el templo ni se ofrecían sacrificios, pues éste había sido destruido por los babilonios unas décadas antes.

No obstante, poco después de que Daniel escribió su libro, a sus compatriotas les fue permitido regresar a Jerusalén con el propósito de reconstruirla junto con el templo e iniciar nuevamente los sacrificios.

Luego, la visión de Daniel se traslada unos tres siglos y medio hacia el futuro, al año 167 a.C. En ese tiempo, Antíoco IV (Epífanos), uno de los reyes seléucidas, invadió Judea (vv.-23-27).

El primer cumplimiento parcial

Los hechos de Antíoco Epífanos están registrados en un libro que, aunque no forma parte del canon bíblico, es un documento histórico: “El rey publicó entonces en todo su reino un decreto que ordenaba a todos formar un solo pueblo, abandonando cada uno sus costumbres propias . . . Por medio de mensajeros, el rey envió a Jerusalén y demás ciudades de Judea decretos que obligaban a seguir costumbres extrañas en el país y que prohibían ofrecer holocaustos, sacrificios y ofrendas en el santuario, que hacían profanar el día de reposo, las fiestas, el santuario y todo lo que era sagrado; que mandaban construir altares, templos y capillas para el culto idolátrico . . . olvidando la ley y cambiando todos los mandamientos. Aquel que no obedeciera las órdenes del rey, sería condenado a muerte” (1-Macabeos 1:41-50, Versión Popular).

El castigo se ejecutaba pronta y brutalmente. A las mujeres que habían hecho circuncidar a sus hijos las mataban con sus bebés colgados al cuello (vv.-60-61). Cualquiera que fuera sorprendido obedeciendo fielmente a Dios era ejecutado de inmediato (vv.-62-64).

No contento con suprimir los sacrificios, Antíoco profanó el templo: “. . . Una imagen en la cual la divinidad pagana [Júpiter Olímpico] aparecía con barba . . . [fue] colocada sobre el altar del templo. Los judíos solían referirse a esto como ‘la abominación desoladora’. Los soldados griegos y sus amantes efectuaban depravados actos paganos en los atrios del templo. En el altar se sacrificaban cerdos” (Charles Pfeiffer, *Between the Testaments* [“Entre los testamentos”], 1974, p.-81).

A Daniel le fue revelado que estas profanaciones continuarían por “dos mil trescientas tardes y mañanas” (Daniel 8:14). En el servicio del templo había un sacrificio en la mañana y otro en la tarde. Según esto, 2.300 tardes y mañanas equivaldrían a 1.150 días. Antíoco Epífanos profanó el templo y suprimió los sacrificios en el año 167 a.C. Judas Macabeo, después de purificar el templo y consagrarlo nueva-

mente, reanudó los sacrificios en 164 a.C. Muchos judíos conmemoran este suceso con la Fiesta de la Purificación (Hanuca).

Daniel 8 es una profecía pormenorizada de la primera “abominación desoladora” que suprimió los sacrificios en el templo por 1.150 días. Lo que hizo Antíoco fue un cumplimiento parcial de esta profecía. No obstante, notemos que la profecía de Daniel sobre la abominación desoladora tiene también un cumplimiento en “el tiempo del fin” (v.-19).

El segundo cumplimiento parcial

En el año 64 d.C., Jerusalén y Judea estaban nuevamente en apuros. En Roma, Nerón había empezado a exterminar a los cristianos. Los rumores de guerra se hicieron realidad en el año 66, cuando los soldados romanos mataron miles de personas en Jerusalén. Los judíos se rebelaron, y la legión que fue enviada para sofocar la rebelión fue derrotada. Luego, en el año 67, el ejército romano bajo el mando de Vespasiano invadió Judea.

Jesús había advertido a los habitantes de Jerusalén que la ciudad sería sitiada y destruida: “Vendrán días sobre ti, cuando tus enemigos te rodearán con vallado, y te sitiarán, y por todas partes te estrecharán” (Lucas 19:43). Y en Lucas 21:20 podemos leer otra advertencia sobre el mismo acontecimiento: “Cuando viereis a Jerusalén rodeada de ejércitos, sabed entonces que su destrucción ha llegado”.

Algunas partes de esta profecía tendrían dos cumplimientos. El primero ocurrió en el tiempo en que muchos de los contemporáneos de Jesús lo habían rechazado como el Hijo de Dios. A ellos les tocó ver el cumplimiento de algunos aspectos de la profecía de Jesús durante el sitio y la caída de Jerusalén; no obstante, otras partes de esta profecía aún están por cumplirse.

Así como en el cumplimiento parcial de la abominación desoladora por Antíoco Epífanos se produjo la toma de Jerusalén y la profanación del templo, así también el cumplimiento parcial de la profecía de Jesucristo en el primer siglo produjo acontecimientos similares.

Flavio Josefo, historiador judío del primer siglo de nuestra era, habla del sitio de Jerusalén como uno de los más sangrientos de la historia. El hambre y las enfermedades acabaron con el debilitado pueblo. Josefo relata sucesos extraños, incluso gente que veía visiones de soldados y carros en las nubes. En la Fiesta de Pentecostés el templo

se estremeció y los sacerdotes “oyeron el sonido de una gran multitud, que decía: Vámonos de aquí” (*Guerras de los judíos*, VI,-v,-3).

En el año 70, el general Tito tomó a Jerusalén y levantó un ídolo en el altar del templo. Según Josefo, más de un millón de judíos fueron muertos y 97.000 fueron hechos esclavos en esa guerra y en ese sitio (*Guerras de los judíos*, VI,-ix,-3).

Con la destrucción del templo a manos de los romanos terminó el segundo cumplimiento de la abominación desoladora. El templo fue destruido y tanto el sacerdocio como los sacrificios fueron abolidos, situación que continúa hasta el día de hoy.

No obstante, la profecía que Jesús dio en el monte de los Olivos tiene que ver principalmente con su segunda venida, porque forma parte de su respuesta a la pregunta que le hicieron sus discípulos: “Dinos, ¿cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo?” (Mateo 24:3).

La futura abominación desoladora

En 2-Tesalonicenses 2:3-4 el apóstol Pablo nos previene que en el tiempo del fin aparecerá un personaje religioso muy influyente: “Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá [el día del retorno de Jesucristo] sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios”.

A su retorno, Cristo destruirá a este dirigente apóstata (vv.-5-8), el cual habrá logrado engañar a muchos “con gran poder y señales y prodigios mentirosos” (vv.-9-12).

La descripción que Pablo hace de esta persona encaja claramente con la profecía de Apocalipsis 13:11-14, donde se nos habla de una bestia. Aquí se nos advierte que este dirigente hará “grandes señales, de tal manera que aun hace descender fuego del cielo . . . Y engaña a los moradores de la tierra”.

Ya que en los dos primeros cumplimientos de la abominación desoladora se eliminaron los sacrificios, todo parece indicar que éstos volverán a ser instituidos antes del retorno de Jesucristo. Según Daniel 12:9-13, la abominación desoladora ocurrirá en “el tiempo del fin”. Tal parece que una vez más se ofrecerán sacrificios en Jerusalén o en algún

lugar cercano; otra vez la ciudad será sitiada por ejércitos enemigos y los sacrificios serán suprimidos nuevamente.

Seguirá las pisadas de Antíoco

En los acontecimientos del tiempo del fin, un dirigente poderoso y carismático desempeñará un papel importantísimo. Además de realizar grandes milagros, él “se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios” (2-Tesalonicenses 2:4). Debido a su gran influencia engañadora, la mayor parte de la humanidad creará que es un representante directo de Dios, o Dios mismo.

Pero Dios lo llama “el hijo de perdición” (v.-3). Este personaje representa un sistema contrario a la ley de Dios. Antíoco Epífanes, quien fue el protagonista de la primera abominación desoladora, bien podría ser el precursor de este “hombre de pecado” del tiempo del fin.

Antíoco Epífanes intentó suprimir la adoración a Dios y con toda crueldad persiguió a quienes se negaron a renunciar a su fe. En varias profecías podemos ver que la historia se repetirá. Muchos de los que fielmente obedecen a su Creador serán perseguidos y martirizados en el tiempo del fin (Juan 15:18-20; 16:2; Apocalipsis 6:9-11; 17:6; 20:4).

En Apocalipsis 13 se nos habla de un dirigente religioso que en el tiempo del fin hará matar a todo el que no adore “la imagen de la bestia” (v.-15). Los poderes gubernamentales y religiosos serán descargados con toda crueldad sobre aquellos que permanezcan fieles a Dios y no se dejen engañar. Así se cumplirá lo que Jesús les advierte a los cristianos del tiempo del fin: “Entonces os entregarán a tribulación, y os matarán, y seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre” (Mateo 24:9).

Una advertencia para hoy

Jesús exhortó a sus seguidores diciendo: “Velad, pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor” (Mateo 24:42). Si entendemos los dos cumplimientos preliminares de la abominación desoladora, podemos estar atentos y vigilar los acontecimientos futuros que están profetizados:

- Gestiones para establecer nuevamente los sacrificios diarios en el Estado de Israel.

- La aparición del “hombre de pecado”, un dirigente religioso que pretenderá ser representante de Dios.
- Sucesos geopolíticos que conducirán a la concentración de ejércitos muy cerca de Israel y Jerusalén.

Dios enviará a su Hijo a la tierra para evitar que la humanidad se destruya a sí misma. Pero antes del retorno de Cristo el mundo sufrirá una “gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá” (v.-21). Sin embargo, el futuro Rey de reyes y Señor de señores no ha dejado a sus seguidores sin información acerca de los acontecimientos del tiempo del fin.

Índice de referencias bíblicas

Génesis	1 Samuel	45:1-4	80
1:27-28	2:27	46:9-10	10
2:2-3	2 Samuel	46:9-11	2-3, 33, 81
2:8-15	7:8-16	53:3	12
3:1-6	1 Reyes	53:9	13
3:15	11:1-8	54:13	66
10:8-12, 32	11:26-40	55:11-13	65
11:1-4, 6-8	11:30-33	56:6-7	66
12:2-3	12:26-33	56:7	37-38
12:3	14:15	59:20	50
12:7	2 Reyes	59:20-21	35
15:6	17:5-7, 15	60:17-18	65
15:18	1 Crónicas	60:21-22	66
17:5-6	5:2	61:9	66
17:8	2 Crónicas	65:21-25	67
18:18	36:17-21	66:18	37
21:12	Salmos	Jeremías	
22:17	2:1-3	2:19	15
22:18	9:15	3:20	27
24:7	15-16	4:4	12
28:13-14	16:10	7:23-24	38
32:28	22:16	8:4	30
49:1	22:18	23:5-6	63
49:10	34:20	25:4-12	79-80
49:22-26	41:9	30:4-10	47
Éxodo	106:40-42, 47	31:7-10	47
6:7	Eclesiastés	31:32	27
19:5	8:6-7	31:33	66
19:5, 8	Isaías	32:36-39	63-64
20:5-6	1:2	33:6-9	64
20:8-11	1:26	Ezequiel	
31:12-17	2:1, 8	11:5	30
Levítico	2:2	33:14-15	49-50
19:34	2:4	36:22-27	65-66
Deuteronomio	2:11-12	36:26	10
4:5-6	2:12	36:26-27	9
5:29	9:7	37:1-2, 11-14	72
8:2	11:1-5	37:4-10	73
8:11-20	11:9	37:21-22	63
10:16	13:6	37:21-23	34-35
10:17-19	13:9	37:21-25	26
28:1-2	25:6	37:26-27	27
28:15	29:13	37:26-28	64
30:19	40:3, 5	39:21-28	33-34
32:7-8	44:6		
	44:28		

Daniel	Mateo	21:20	85
2:28, 37-44	1:1	21:20-22	53
2:42-43	1:1, 6	21:22	57
2:44	1:1-16	21:23-24	51
4:1-3	2:1	21:28-31	11
4:25, 27	2:13-21	21:34-35	51
4:34-37	3:1-3	23:33	13
5:6, 28-30	4:8-9	24:19	3
7:13-14	11:23-24	24:38-40	13
7:27	12:32	24:44-45	8
8:1-22	12:40	24:46-47	9
8:14	12:42	Juan	
8:19	17:11-13	1:11	12
8:23-27	21:42-43	3:3, 6	21
9:6	24:3	4:22	24-25
11:31	24:3, 4, 6, 8	6:14	3
12:1	24:8	6:44	71
12:1, 11	24:9	13:18-30	12
12:9-11	24:9-13	15:18-20	87
12:9-13	24:15	16:2	87
Joel	24:15-21	17:17	34
2:28	24:21	19:23-24	13
2:31	24:21-22	19:33-36	13
3:2, 12-14	24:22	Hechos	
Amós	24:29	1:3	8
3:7	24:42	1:6-7	10
5:18	25:1	2:17, 38	40
9:13-14	25:32-34, 41, 46	2:20	48, 59
Miqueas	26:15	2:30-32	13
1:1-2, 6	27:3-10	2:39	71
4:2	27:57-60	3:21	61
5:2	28:18	4:10-12	37
Sofonías	Marcos	10:34-35	37
1:14	1:14	17:24-26	16
1:14-18	2:28	17:28	58
3:8-12	10:30	Romanos	
Zacarías	Lucas	2:27-28	12
8:22-23	1:31-33	3:9-12	40
11:12	1:32-33	4:9-12	5
11:13	3:23-38	4:11-12	20, 75-76
14:3-4	8:1	4:13	21
14:4, 9, 16	11:2	4:16	23-24
14:17	13:2-5	8:7	10
Malaquías	13:33	8:16-18	20
3:1	17:25	8:17	74
4:1, 3	18:30	8:18	75
4:5	19:12	8:29	75
	19:43	9:4-5	23

9:6-11	21	3:16	2	13:11-14	86
11:1-2, 7-8, 11-12	23	Hebreos		13:15	87
11:17-21	22	1:1-2	3	14:9-10	48
11:25-26	35	2:6-8	18	14:19	51
1-Corintios		2:10	75	15:1	59
1:8	59	8:10	66	16:12-14	47
5:5	59	11:8-10	76	16:14	47, 48
15:41-44, 51-54	75	11:17	69	16:16	48
15:45	11	Santiago		16:19	45
15:50-53	63, 73	2:23	20	17:1-2	45
2-Corintios		1-Pedro		17:3-5, 18	44
1:14	59	2:7-8	23	17:5	39
4:4	17	2-Pedro		17:6	87
6:2	71	1:19-21	3	17:8	43
6:18	5	1:21	29	17:12-13	42
Gálatas		3:9	21, 37, 49, 73	17:12-14	43-44
1:4	41	3:10	59	17:15	45
3:16	20	1 Juan		17:16	46
3:28	66-67	3:1-2	74	18:2	39, 45
3:29	5, 20, 23, 37, 75	3:4	22	18:3	45
6:7	61	5:19	17	18:21	60
6:7-8	14	Apocalipsis		19:11-19	48
6:15-16	12, 22, 23	1:10	55, 59	19:11, 19-21	60
6:16	75	3:21	18, 62	19:20	54
Efesios		6:1-17	55	20:1-2	60
1:21	17	6:9-11	56, 87	20:2-3	17, 68
2:11-13	22	6:12-17	57	20:4	87
6:12	17	7:2-4	47	20:5, 11-12	70
Filipenses		8:1-2	57	20:6	62, 73
1:10	59	8:6-13	58	20:7-10	69
2:16	59	9:5, 14-16	58	20:12	71
1 Tesalonicenses		9:16-18	42	20:13-15	73
2:4	69	9:20-21	51	20:14-15	5
5:2	59	11:2	52	21:1	74
5:2-3	46, 48	11:3-6	53-54	21:2-3	75
5:4-6	11	11:15	9, 17, 59-60	21:7	18, 74, 75
2 Tesalonicenses		11:18	60, 62	21:8	73-74
2:2	59	12:1, 13	47	21:12	75
2:3-4	87	12:3	42	21:16	76
2:3-4, 9-11	46	12:4	17, 42-43	22:1-2	76
2:3-12	86	12:9	17, 19, 45	22:3	77
1-Timoteo		12:12	43, 47	22:6-7	77
2:3-4	21, 73	12:17	54	22:12	62
2-Timoteo		13:1-4	43	22:14	55
1:9	6	13:3-7	54	1 Macabeos	
3:1-5	50	13:8, 11-12	44	1:41-50, 60-64	84

¡Nuestro mundo necesita escuchar *buenas* noticias!

Los periódicos están llenos de malas noticias: las guerras que causan tanta aflicción, el hambre que consume a países enteros, las catástrofes del medio ambiente, los desastres naturales que dejan miles de damnificados, el crimen, la pobreza absoluta que se va apoderando de ciertas naciones, y el crimen y la violencia que continúan incrementándose a pesar de los esfuerzos para reducirlos. ¡La letanía de tragedias parece no tener fin!

Jesucristo vino como un mensajero, y el mensaje que proclamó fueron las buenas noticias —el evangelio— del Reino de Dios.

¿En qué consisten realmente estas buenas noticias que Jesús anunció? ¿Acaso son tan sólo la maravillosa historia de su propio nacimiento, vida, muerte y resurrección? En verdad, todo esto forma parte del increíble plan que Dios tiene para la humanidad, pero el verdadero evangelio abarca más, mucho más.

Es triste decirlo, pero el hombre ha reducido el evangelio a una historia que hace énfasis en la persona de Jesucristo, pero que pasa por alto la verdadera profundidad y magnitud del mensaje que nos vino a traer. Lo que Jesús anunció es realmente asombroso; ¡son las noticias más extraordinarias que este mundo enfermo y angustiado pudiera recibir!

En el folleto *El evangelio del Reino de Dios* se explica detalladamente, con base en las Escrituras, el significado del mensaje que Jesús predicó. Si usted desea recibir esta importante publicación, tendremos mucho gusto en enviársela *gratuitamente* y *sin compromiso alguno* de su parte. Puede solicitarla a cualquiera de las direcciones que aparecen en la última página de este folleto, o puede descargarla de nuestro sitio en Internet: www.ucg.org/espanol. □



Si desea más información

Este folleto es una publicación de la Iglesia de Dios Unida, *una Asociación Internacional*, la cual tiene congregaciones en México, Centro y Sudamérica, Europa, Asia, África, Australia, Canadá, el Caribe y los Estados Unidos.

Los orígenes de nuestra labor se remontan a la iglesia que fundó Jesucristo en el siglo primero, y seguimos las mismas doctrinas de esa iglesia. Nuestra comisión es proclamar el evangelio del venidero Reino de Dios en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones, enseñándoles a guardar todo lo que Cristo mandó (Mateo 28:18-20).

Consultas personales

Jesús les mandó a sus seguidores que apacentaran sus ovejas (Juan 21:15-17). En cumplimiento de esta comisión, la Iglesia de Dios Unida tiene congregaciones en muchos países, donde los creyentes se reúnen para recibir instrucción basada en las Sagradas Escrituras y para disfrutar del compañerismo cristiano.

Nos esforzamos por comprender y practicar fielmente el cristianismo tal como se revela en la Palabra de Dios, y nuestro deseo es dar a conocer el camino de Dios a quienes sinceramente buscan obedecer y seguir a Jesucristo.

Si usted desea hacer una consulta, bien sea sobre algún pasaje bíblico o sobre la vida cristiana, tendremos mucho gusto en responderle. Además, si tiene interés en asistir a las reuniones de la Iglesia de Dios Unida, será bienvenido.

Puede dirigir su correspondencia a cualquiera de nuestras direcciones. Nos dará mucho gusto servirle en todo lo que esté a nuestro alcance.

Absolutamente gratis

No solicitamos donativos al público. Sin embargo, gracias a la generosidad de los miembros de la Iglesia de Dios Unida y de otros colaboradores que voluntariamente respaldan nuestra labor, podemos ofrecer todas nuestras publicaciones gratuitamente. □

Ilustración de la cubierta: Fotomontaje por Shaun Venish

Fotografías: Digital Stock; © 1999 PhotoDisc, Inc.; Scott Ashley

S-PB/04-2003/2.0

Direcciones

BOLIVIA

Casilla 8193
Correo Central
La Paz

COLOMBIA

Apartado Aéreo 246001
Bogotá, D.C.

CHILE

Casilla 10386
Santiago
Sitio en Internet: www.unidachile.cl
Correo electrónico: unidachile@unidachile.cl

ESTADOS UNIDOS

P.O. Box 541027
Cincinnati, OH 45254-1027
Sitio en Internet: www.ucg.org
Correo electrónico: info@ucg.org

HONDURAS

Apartado Postal 283
Siguatepeque, Comayagua

MÉXICO

Sitio en Internet: www.unidamexico.mx